

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 119

Administración: Cristóbal Bordúa, 1, Madrid

1.º de Junio de 1903

## ANARQUISMO

### La anarquía es el orden.

Casi todos los principios han sido admitidos con iguales razones é idénticos motivos con que lo fueron los principios religiosos. Primero una concepción que pareció buena; más tarde una tesis que se estimó justa. Y las humanidades que crecieron después que la doctrina la tuvieron por indiscutible: he ahí el dogma.

El principio de autoridad se formó así también; después los hombres creyeron que sin autoridad no podían vivir, ignorando que sus antepasados para nada la necesitaron. Hoy la anarquía es el caos, y aceptamos el principio sin admitir razones. El juicio nos lo dan hecho los siglos.

¿Y quién dice que la anarquía es el desorden? Los sabios que escriben libros y publican diccionarios. ¿Acaso son ellos anarquistas? No; son enemigos de la anarquía. Pues tiene gracia la cosa. ¿Qué dice el cura del librepensamiento? Que es muy malo. ¿Qué dice el librepensador del catolicismo? Que es peor. ¿Qué dice el republicano de la monarquía? Que es una forma de gobierno reñida con la libertad. ¿Qué dice el monárquico de la república? Que es la muerte de los santos principios. ¿Qué han de decir, pues, los autoritarios de la anarquía? Que es el desenfreno, el pillaje, el robo, el asesinato, etc.

La república debe ser lo que nos dicen los republicanos, y el librepensamiento lo que nos cuentan los librepensadores, y la monarquía lo que nos narran los monárquicos, y el catolicismo lo que nos enseña el católico. Nosotros, los anarquistas, encontramos malo el catolicismo, la monarquía y la república, por lo que dicen de ellos sus partidarios; nuestros enemigos encuentran hermoso en exceso lo que dicen de la anarquía los anarquistas; pero después se forjan una anarquía particular y machacan contra el concepto que ellos, los enemigos de la libertad, se han formado de la acracia.

La anarquía no es lo que dicen los autoritarios; la anarquía es lo que dicen los anarquistas, y por eso la defienden.

Razonemos.

Toda necesidad sentida por la naturaleza del hombre es justa; si no se satisface infiere un ataque á la vida, anteponiendo un concepto erróneo, impuesto por el fanatismo y la ignorancia, á una demanda, á un aviso de la naturaleza humana. Las manifestaciones de esta naturaleza, sean de la índole que fueren, constituyen la regla mejor para la salud del hombre. Pensemos en el amor, que quiere ser libre, y que, siendo libre, es como da su mejor fruto. Pensemos en el pensamiento, que no admite trabas, y que, sin trabas, es como cumple su misión. Pensemos en el estómago, que quiere saciarse, y que, saciado, es como alimenta al cerebro y como da fuerza y calor á la sangre.

Eso pretende la anarquía; llevar al hombre á la plenitud de su poder, de su autonomía, de sus necesidades. ¡Que todos gocen, que todos amen, que todos rían, que todos trabajen, que todos contribuyan á la producción y al consumo, á la dicha y á la pena, al trabajo del cuerpo y al trabajo del cerebro!

¿Es eso el pillaje, el desorden y el robo? No; eso es la justicia y el amor. Pues eso es la anarquía. Ya ningún lector dice que es mala; sólo algunos la tienen por imposible. Si éstos piensan en el perro de la jaula, que al decir del domador, del verdugo, no podía ser libre porque enseñaba los dientes á la vista del hierro candente, que más de una vez le quemó el hocico, se convencerán, como nosotros, de que la idea del Poder surge de un estado mental que ha ido formándose viendo los puños y los dientes del hombre hambriento, sucio, flaco, martirizado, azotado, perseguido, con toda clase de privaciones y de atentados, por los domadores y verdugos de la humanidad.

La anarquía es la paz y el orden, porque es el amor y la justicia, porque no hay guerra ni desorden donde no hay tiranos ni verdugos.

### *Hacia la anarquía.*

Casi siempre, al obrar el hombre á impulsos de una pasión, ha de rebelarse contra las leyes que lo condenan ó contra las preocupaciones que lo persiguen. ¿Por qué? ¡Ah! Porque es preciso respetar una moral convencional y una propiedad injusta. Por manera que el castigo, la ley, el Poder se justifican con la necesidad de respetar, ó una injusticia, como la riqueza ajena, ó una preocupación, como la moral, que no sólo está reñida por completo con la naturaleza humana, está reñida también con la moral de otros pueblos. He aquí la base, el estado mental que halla necesario el establecimiento de la autoridad.

Luego, si no reconocieramos más moral que la salud, que la vida, que las leyes de la Naturaleza y declarásemos de propiedad común toda riqueza, la autoridad no tendría razón de ser y la anarquía fuera un hecho sencillísimo, porque respondería al estado natural del hombre. Se dice: «hay quien roba por el placer de robar.» ¿Y qué? ¿Dónde colocaría el ladrón el producto de su robo si la propiedad individual estuviese abolida? Se escribe: «hay quien mata por maldad.» No, el hombre mata hoy para vivir. Asegurémole la vida; la vida múltiple del cerebro, del estómago y del corazón, y ya veréis cómo no mata. Y si el hombre matase hoy por malos instintos, ¿qué fuera la causa de ellos? La misma base social que uniendo al hombre y á la mujer con propósitos ruines é ideas bajas, engendran seres ruines y bajos. Y si ni la vida ni las creencias naturales apoyan la existencia del Poder, la evolución lo destruye.

A medida que el pueblo ha adquirido conocimiento de sus derechos en las concepciones de los bienhechores de la humanidad, el Estado ha perdido influencia.

Antiguamente la autoridad era de origen divino; el rey la representaba y la extendía con mano férrea por sus dominios. Después el Poder fué representado por varios hombres y ya llegaba más débil al pueblo. Actualmente se ha exteriorizado tanto la autoridad que muchas corporaciones y muchos individuos se desenvuelven sin conocerla. Además, la autoridad está en razón inversa de la ilustración de los hombres, y allí donde éstos son más instruídos, el Poder es menos necesario y más simplificada su acción. Nada puede negar semejante axioma, y si la autoridad pierde fuerza á medida que la civilización avanza y se debilita así que es representada por mayor número de hombres y pierde su razón de ser cuando el sér humano discierne por sí solo, y el mundo se dirige con paso acelerado hacia la civilización, camina al mismo tiempo á la abolición de la autoridad.

Actualmente mucha gente se pregunta si es posible que el hombre viva sin gobierno

habiendo muchos gobernantes que hubieran sido gobernados en los regímenes absolutos y hoy que aún no se le reconoce al individuo los suficientes dotes para gobernarse á sí propio, se le ofrece, como una compensación á sus mayores aspiraciones, el derecho de elegir á los que han de gobernarle.

Se transige con el principio de que el hombre puede gobernarse desde el momento que se le otorga el derecho de elegir á sus gobernantes.

La autoridad se humaniza al ser representada por hombres nacidos como los demás y las leyes se igualan al hombre al ser por el hombre escritas. ¿Son mejores y más sabios que los demás los individuos que escriben la ley y los encargados de aplicarla? No; en general son peores. Por otra parte, se cambian continuamente. ¿Quiénes son, pues, los buenos para legislar, éstos ó aquéllos; los de ayer, los de hoy ó los de mañana? Todos son igualmente malos. Pues ¿por qué el mundo ha de funcionar mejor con leyes y autoridad que sin ellas? Nadie lo sabe; se admite también el principio sin razonar, como una idea heredada, como se admite una ley fisiológica, la nariz en la cara, por ejemplo.

### ***La revolución social es un producto científico.***

Ya lo hemos dicho, la revolución económica es un principio de mecánica social. No puede impedirse, no puede detenerse; contribuye á ella todo el mundo, incluso sus propios enemigos.

El naturalista que, estudiando las plantas y los animales, los fósiles y las petrificaciones, extiende la idea de la increabilidad del mundo, de que éste existía antes de que Dios tomara forma en la mentalidad humana, contribuye á la revolución futura. El astrónomo que, escudriñando el Universo nota la existencia de miles de mundos, cuya presencia no está consignada en libros que han pretendido ser la fuente de la sabiduría, casi todos más antiguos que el que nosotros habitamos, á pesar de ser de una antigüedad que confunde, concurre también al advenimiento de la nueva sociedad. El filósofo que, sacando consecuencias de las investigaciones científicas, del modo de ser del hombre y de la naturaleza, defiende el predominio de la razón sobre la fe; el pensador que, utilizando los conocimientos del fisiólogo y del anatómico, dice que no hay inmortalidad del alma, puesto que no hay alma; el filósofo que se aprovecha de los descubrimientos del físico para negar la providencia y para decir que la materia toda, la que compone el hombre inclusive, obedece á unas mismas leyes, al modo de ser de cada sistema de mundo, de cada planeta, de cada hombre, de cada animal, de cada planta, de cada cosa, contribuye también al advenimiento de la anarquía. Todo, en fin, concurre á la formación de la sociedad igualitaria y libertadora.

¿La fuerza organizada? ¿Los institutos armados? ¿La reunión de los poderosos? ¿La ignorancia de los pobres?... No detendrán, no podrán impedir lo que ha de ser necesariamente, y verán, si no impasibles, impotentes cómo se derrumba su mundo, cómo caen hechos añicos la religión, el poder, la propiedad...

Las monarquías han de ver impotentes cómo en un Estado vecino se proclama la república, cómo en lugar del rey de la teocracia se pone el rey de la democracia, cómo donde antes estaba el noble se ha colocado el burgués, cómo la clase media ocupa el sitio que antes ocupaba la clase alta. Pues impotente también verá la burguesía, dueña hoy del poder en monarquías y repúblicas, cómo van cayendo todos sus dominios y poderes para dejar el paso libre á la revolución jornalera que lleva en sus entrañas un nuevo sistema de arte, de ciencia y de sociología.

En el reino social hay clases y especies, como en el reino intelectual y en el animal.

Las clases representan sistemas de vida. Como en la naturaleza, cada grupo una clase, y en cada clase varias especies, y en cada especie un sér que apenas se distingue de las especies superiores en la evolución. Y lo mismo ocurre en política. La idea más liberal que pudo concebir el grupo de nobles más perfecto, sirvió de enlace con el grupo más conservador que formó la clase media, y la última concepción de esta clase fué la primera que concibió el primer grupo de las especies políticas del mundo que nace. Y si en cada grupo hay diferentes ideas, hay también diferentes sentimientos, diferente arte, diferente ciencia. La nobleza, con todas sus especies y derivaciones, sostenía el vasallaje, la burguesía el salario; el obrero pretende abolir toda clase de esclavitud. La nobleza alimentaba el odio de pueblo á pueblo, de señor á señor; la burguesía mantiene el odio al extranjero; el proletariado proclama la fraternidad universal. Fueron la alquimia y la teología las dos ciencias más importantes de la ciencia de los nobles. Son la física y las matemáticas la ciencia más elevada de los burgueses. Serán la química y la sociología la ciencia del mundo que reclama el obrero. La nobleza creyó en la extinción de las pasiones y se propuso ahogarlas; de ahí tantos iluminados y locos como produjo. La burguesía teme las pasiones y cree que educándolas logrará contenerlas, y sólo las exaspera. Los anarquistas queremos la satisfacción de las pasiones, considerándolas una necesidad del organismo, como la sed y el hambre. Una mujer, un honor y un amor para cada clase, para cada especie evolutiva. Y todos los conceptos van cayendo, así del cielo como de la tierra, venciendo distancias y elementos, venciendo constituciones y quemando códigos. La rebelión en pie siempre y siempre avanzando y siempre indomable. ¿Cómo ha de ser vencido el espíritu de rebeldía, si á él se lo debemos todo: si merced á él el mundo marcha á la perfección, á la perfección infinita?

¿Para qué narrar la revolución de los esclavos contra sus dueños, la de los siervos contra sus señores, la de los obreros contra sus amos? ¿Arriba la mesnada! ¿Arriba la plebe! ¿Arriba el pueblo! Y el objeto de tanta lucha, ¿cuál es? La libertad. Historia humana, evolución, progreso: libertad, libertad, libertad.

¿Valdría la pena de que el hombre fuese el sér más perfecto de la naturaleza si no pudiera ser libre, si hubiese de vivir siempre sujeto á trabas, prohibiciones y amenazas? ¿Para qué tendríamos entonces pensamiento? ¿De qué nos serviría frente tan elevada y rostro tan noble?

Y en fin, lector, inclina un poco tu cabeza hacia la tierra y verás cómo esta institución gubernativa que quizá crees indispensable á la buena marcha de la sociedad, no sirve más que para colocar amigos de los gobernantes y para exigirte contribuciones á fin de mantenerlos á cuerpo de rey.

FEDERICO URALES.

(Continuará).

---

## Giovanni Bovio

---

Acaba de morir en Italia el gran pensador cuyo nombre encabeza estas líneas. Bovio representaba en la política y en la filosofía de aquel país lo que Pi y Margall en España. Político y escritor militante, era anarquista como pensador y filósofo.

Ultimamente había publicado un artículo, que traduciremos para *Tierra y Libertad*, en el que se lee el siguiente pensamiento, que ha pasado por las columnas de toda la prensa anarquista del mundo: «Anárquico es el pensamiento y hacia la Anarquía va la historia.»

Nuestro estimado compañero G. A. Frontini nos ha anunciado el envío de una biografía de Giovanni Bovio; pero, deseando nosotros honrar cuanto antes la memoria de aquel eminente cantor de la Naturaleza y del positivismo, y no habiendo recibido con tiempo el trabajo de Frontini para ser publicado en LA REVISTA BLANCA, hemos resuelto reproducir la siguiente biografía de Giovanni Bovio, que ha visto la luz en *L'Humanité Nouvelle*, excelente revista parisién que publica nuestro estimado amigo A. Hamon y guardar para *Tierra y Libertad* ó para otro número de LA REVISTA BLANCA la publicación de la que escriba el citado escritor y compañero italiano.

Dice así el estudio de Giovanni Bovio que ha publicado *L'Humanité Nouvelle*:

«Los que han llenado con su personalidad y con sus obras el último período del movimiento filosófico y artístico en Italia, ó han muerto ya ó son supervivientes á sí mismos. A éstos la cincuenta fatal les ha aportado el cansancio, el agotamiento, cuando no la enojosa contradicción.

Giovanni Bovio fué el hombre de dos generaciones. Conservó un cuerpo robusto, un pensamiento joven y vigoroso. Enfrente de la ambición que poseen la mayor parte de los autores cuya obra es *de tesis* y que se esfuerzan, ante todo, en dar á sus trabajos una substancia filosófica, sin más, el gran pensador meridional cuidó siempre de revestir espontáneamente con la *forma* más artísticamente esculpida sus más severas elaboraciones.

Una turba de gacetilleros, gentes cuya cultura *estilista* está limitada al perjeño de una crónica de periódico, ha denunciado como oscura, si no incomprendible, esa *forma* artística; pero el pueblo ha comprendido y otorgado una acogida entusiasta á las obras filosóficas de Giovanni Bovio que triunfan en el teatro.

Ningún cerebro contemporáneo encerró, tal vez, tantas ciencias diversas, ni fué tan completo como Giovanni Bovio, intelectualmente hablando... Jurisconsulto, político, filósofo, artista, todo esto lo fué á la vez. Espíritu eminentemente autodidáctico, ha iniciado, desde su cátedra de «Filosofía del Derecho» y de «Derecho público comparado,» á legiones de jóvenes italianos en las severas verdades científicas, avivadas siempre por él, con el más puro ideal. Su vida entera, pública y privada, no fué sino un largo apostolado cívico.

Para atraer sobre la obra de Giovanni Bovio la simpática atención del lector, bastaría recordar, ya su doctrina política, ya, sobre todo, su teoría del «Derecho público.»

Pero en vez de tratar de contar, en cierto modo por adelantado, con el principio público, siendo, por lo demás, el fin de este estudio, puramente científico, procederemos, ante todo, á la exposición sintética de su doctrina filosófica del *Naturalismo científico*,



Giovanni Bovio.

comenzando por su último libro, la *Historia del derecho*. Trataremos, en seguida, de demostrar cómo se desprende naturalmente del «sistema» filosófico de Bovio su doctrina político social, á manera de *corolario* necesario y matemático.

Por el momento, para lo que se refiere á definir desde luego la extensión del ideal filosófico de Bovio, y partiendo de asignarle desde este punto de vista especialísimo, un rango entre los contemporáneos, bastará recordar que al atribuir en sus obras lo que llama su *función propia* á la familia, á la comunidad y al Estado, predicó la *Liga natural de las razas* contra las convencionales *Alianzas del Estado*, primera etapa de la evolución humana hacia la fraternidad universal, preludio del arbitraje internacional.

Así, por serena convicción científica y no por espíritu práctico, Giovanni Bovio, diputado en nueve legislaturas, fué constantemente adversario de la Triple Alianza y de las conquistas coloniales.

Dicho esto, vamos á intentar el resumir la doctrina de Bovio, habiendo de recurrir lo más á menudo posible al texto mismo, por temor de que una variación cualquiera, nos aleje del estilo luminoso del autor, hasta el punto de hacernos, involuntariamente, traicionar su pensamiento.

La casa G. Civelli, de Roma, acaba de publicar la segunda edición, cuidadosamente corregida, de la *Historia del Derecho*. Esta segunda edición de su obra fué revisada por el autor, quien la aumentó como apéndice á los admirables capítulos que contiene sobre el *Derecho romano* y sobre el *Cristianismo*, con una magnífica descripción de la Roma pagana y de la Roma cristiana. Como la primera, la segunda edición de la *Historia del Derecho*, comienza con un hermoso prefacio que tiene por título: «*De algunos errores comunes en la ciencia social*».

Hay que notar aquí el rigor matemático con que el autor, antes de exponer su sistema de *Naturalismo*, enumera sus observaciones límpidas sobre la cuestión social y su porvenir. En el sistema de *Naturalismo* de Bovio, la *Naturaleza* pasa por dos fases. En la primera, evoluciona sobre sí misma y se hace la *Historia*. De donde el autor saca la consecuencia de que la *Historia* es una evolución del *Pensamiento* sobre su base nueva. *El Naturalismo es la Naturaleza; hecha pensamiento, después Historia. La Historia debe ser el Pensamiento que se mueve y el Pensamiento debe ser la Naturaleza que se refleja*.

El *Pensamiento*, es pues admisible entre dos hechos: entre el *hecho natural* del que es efecto, y el *hecho histórico* del que es causa. En consecuencia, *quien no piensa no puede producir hecho histórico*: en donde el *Pensamiento* no ha nacido, la *Historia* no puede nacer. La masa caótica, la de la Miseria y del Hambre ¿piensa? El hambre es no pensante... Inspira el crimen, y no la revolución. La masa caótica que, golpeada, no produce el centelleo del *Pensamiento*, puede cometer el crimen; pero jamás libertad.

Aristóteles, que consideraba la masa bajo su aspecto real, ha dicho que el Despertar del *Pensamiento* no se produce sino cuando la necesidad ha sido satisfecha: *primo vivere, deinde philosophari*.

Luego la *Cuestión social* no es lote exclusivo del *cuarto estado*, porque éste último no existe de hecho, y tampoco es discutida por la masa caótica, porque ésta no piensa. Pero si la *Cuestión social* llena el aire ambiente, este hecho incumbe, por lo tanto, á la *Burguesía*, á la cual no podría aprovechar, y contra la cual está entablada.

Existe, en efecto, la *pequeña burguesía*, ese semi-proletariado que constituye la *burguesía mezquina*, cuya importancia numérica como clase, aumenta incesantemente por la carencia de gobiernos proveedores de la *pequeña burocracia*, que se ve obligada por la fuerza del razonamiento á maldecir la mano que la hace vivir tan mal. Y es ella, la bur-

guesta pobre, *estudiosa, pensante, evolutiva*, la que, para aumentar su prosperidad propia, llama al proletariado á desempeñar un papel en los destinos humanos, y asume el amenazador apostolado que consiste en llevar el grito de rebelión, el grito humano de las fabricas, á la choza campesina.

Como se ve, el autor se propuso corregir algunos errores bastante comunes en sociología. Del mismo modo que acaba de demostrar la no existencia del cuarto estado, y, por consiguiente, la inexactitud de este término, prosigue, con fortuna, su rectificación para demostrar á continuación *la imposibilidad de resolver el problema social independientemente de todo otro problema que interese á la Humanidad*. «El método histórico no nos suministra ejemplo de una revolución pura y absolutamente social, como tampoco nos lo suministra de una solución final puramente social». Y aquí el autor examina, á rápidas síntesis, los problemas políticos, religiosos y didácticos en relación con el problema económico, para llegar á la conclusión siguiente:

«Separad cuanto queráis. Pero entre los problemas sociales, políticos y jurídicos, existe un lazo de causa y de mutua necesidad de solución integral. La conexión existente entre estos problemas, constituye de una parte, la evolución histórica, y de otra, la unidad orgánica de la vida colectiva.»

Su lazo de causa, consiste en esto:

«Los problemas sociales, políticos y jurídicos, son, entre sí, como una causa es á un efecto; de suerte, que uno de ellos, es la causa del otro, que á su vez, es la causa del primero, y así sucesivamente. Derivase de esto—añade el autor—la necesidad de aunar estos problemas, por la razón de que, completándose uno á otro, constituyen el *movimiento de la Historia*, y dan un carácter de unidad á la vida social». Separar uno de estos problemas, equivaldría á considerar un solo aspecto de la vida, á no querer considerarla en su conjunto complejo, así como ella es verdaderamente. Y para aclarar mejor este punto tan importante de la doctrina de Bovio, tenemos que reproducir esta conclusión del capítulo de la Revolución social:

«Mucho hablan de revolución social y á mí mismo me ha sucedido, por hábito de lenguaje, emplear esa locución. Pero, ¿se tratará verdaderamente de una revolución? La palabra *Revolución*, en su más amplio sentido, puede ser empleada para expresar un movimiento de astro ó la sucesión de una civilización á otra. En su sentido estrecho, esa palabra expresa la explosión de una fuerza motriz en un tiempo y lugar dados, en donde la evolución ha sido aplastada. Una *Idea* universal, religiosa ó social, traspasa los límites de una *Revolución* en el sentido estrecho de la palabra, y no triunfa si no por múltiples sacudidas de evolución, tales como el apostolado, las doctrinas, la enseñanza, los sistemas. Así al paganismo sucedió el cristianismo, y esto fué la sucesión de una civilización á otra.

«Pero cuando en una misma civilización ó en un tiempo y un lugar dados, un orden de cosas sucede á otro, entonces es solamente cuando se produce, la *Revolución*, que puede ser política como en Francia por el advenimiento de la burguesía, ó religiosa, como en Alemania por el advenimiento del protestantismo.

«Ahora bien, me parece que la *Idea* social por su universalidad, traspasa los límites de una *Revolución* y hace camino como el cristianismo. Los medios de acción salvajes no le convienen y los repudiará, en marcha, uno tras otro.»

Bajo el título de *Criterios históricos y Prehistoria*, el autor comienza la definición de los *criterios* históricos:

- 1.º Los dos factores de la ciencia son los *hechos* y las *leyes*.
- 2.º El *hecho* es al principio *natural*, después *humano*. Entre estos dos estados del *hecho*, interviene el *Pensamiento* que, con relación al hecho natural, es efecto, y con relación al hecho humano, es causa.
- 3.º Las *leyes* pueden parecer numerosas y aún contradictorias; pero todas están explicadas por la *Ley de causalidad*, la cual del hecho natural, hace dimanar el pensamiento, y del pensamiento, el hecho histórico.
- 4.º El mayor *criterium* de la causalidad es la *proporción*. Estos *criterios* son igualmente todas las consecuencias matemáticas y rigurosas del sistema del naturalismo. De esta doctrina se desprende pues:
  - a) Que allí en donde el *Pensamiento* no ha nacido todavía, no puede haber nacido la historia verdaderamente culta.
  - b) Que allí donde ha nacido el *Pensamiento*, produce un efecto proporcionalmente.
  - c) Antes de la Historia cívica se coloca la *Prehistoria*, cuando el *Pensamiento*, de otra parte las fases de la evolución del *Pensamiento* determinan las épocas de la historia.

La prehistoria es de Oriente, la protohistoria es griega, la historia se desarrolla en seguida en Roma. En otros términos, el Oriente hasta Jesús no tiene verdadera historia, porque el *Pensamiento* no ha nacido allí, sino solamente simulado por la imaginación y la fantasía. De hecho, en Oriente, se encuentran religiones y castas estancadas, pero no la auto-conciencia, no el exámen, no la crítica, no la lucha intelectual.

Se podrá combatir esta doctrina del gran pensador italiano; pero no se podrá negarle una verdadera profundidad de pensamiento.

No se puede hablar de *Pensamiento* para el Egipto misterioso é impenetrable, entre los hebreos hieráticos, ó para la India y sus castas, aunque los orientalistas hablen con entusiasmo de la doctrina de Buda, cuya más alta expresión no es sino el Nirvana, es decir la anulación del hombre. Para encontrar el *Pensamiento* emancipado de los mitos y de los ritos, el *Pensamiento* consciente de sí mismo y de su fin, hay que apartarse de Oriente y penetrar en Grecia.

«En ninguno de los poemas asiáticos, desde Valmiki hasta Firdusi, se encuentran las palpitantes figuras de Prometeo, de Hércules, de Capania, de Farinata. Estas figuras tienen una significación profundamente humana é histórica. Prometeo es la primera *razón rebelde*, Hércules es la primera *libertad triunfante*, Capania es el primer *vencido indomado*, Farinata es el primer *vencedor*. En esas figuras reside toda la civilización greco-latina sacudida por luchas progresivas y profundos dolores.

«El genio no existe, en el sentido moderno y profundo de la palabra, entre los pueblos fenicio, hebreo y egipcio, porque en estos pueblos, como la lucha no se manifiesta con el fin de sustituir la tradición por la libertad, el genio, entendido como potencia de creación ó de transformación, no puede manifestarse, porque la acción de crear no es sino transformar. Este genio es griego y se expresa de la misma poderosa manera con la risa de Homero ó con la sonrisa de Epicuro.»

En Grecia se encuentran los sabios, los legisladores, los filósofos. En Grecia viven Solón, Sócrates, Platón y Aristóteles. En Grecia la lucha es semi divina, es la lucha titánica del hombre contra los dioses y el destino, que se nos revela en las sublimes concepciones de arte de los grandes trágicos. En Grecia es donde se enuncia el problema

antropológico y se intenta la doble solución del mismo bajo su forma individual y su forma universal.

Sócrates consiguió fundar la ética, uniendo la virtud y la ciencia, la perversidad y ignorancia, y después de esta primera determinación científica de la ética, es cuando verdaderamente es posible hacer la primera determinación del derecho. Sócrates fundaba la ética, estableciendo el lazo entre la virtud y la ciencia; el jurisconsulto romano fundaba el derecho, estableciendo el lazo entre la ley y la equidad.

Con ayuda del pensamiento que surgió, fué históricamente posible á Grecia formular la primera reivindicación humana, es decir la primera determinación jurídica.

En Grecia la lucha es semi divina; es la lucha de los hombres contra los dioses y el destino: en Roma la lucha es toda humana.

Esto establece cual es el verdadero carácter de Roma. A las afirmaciones de Mommsen y de otros críticos, el autor opone los resultados del naturalismo. El carácter violento y las costumbres errantes de los primeros habitantes de Roma les deben al principio obligar á hacerse agricultores, y el producto de estos dos hechos, la naturaleza y la profesión agrícola, debía ser el genio militar de Roma.

Ahora bien, dado un pueblo agricultor y militar, un pueblo que distingue claramente entre *lo tuyo* y *lo mío*; y que, por la fuerza, sabe hacer respetar el límite de ello, anuncia por esa misma aptitud, que será un pueblo jurídico por excelencia, el pueblo del derecho. La violencia templada por la agricultura, da nacimiento á la milicia guardadora del bien propio, y esta misma milicia, de carácter dulcificado por la vida agrícola, se convierte por la fuerza de las cosas en una fuerza de equidad. Así es como se descubren los primeros factores naturales del genio romano. Nada de fuerza contra el derecho—lo que sería la barbarie—, nada de derecho contra la fuerza—lo que es la decadencia—; pero en todo esto subsisten el derecho y la fuerza: civilización jurídica.

\* \* \*

Giovanni Bovio siguió el desenvolvimiento del Derecho romano en la misión que ha podido asumir en el mundo, y, en particular, en el espíritu romano, y divide los períodos del derecho según las fases de la Equidad, de la que proceden las formas sucesivas de la constitución política de Roma.

Esta división se establece en el orden siguiente:

1.º El Derecho tiende continuamente á llegar á la Equidad que es su fin natural, y, según Bovio, los períodos de la Evolución de la Equidad deben ser los tres períodos históricos del Derecho Romano: el del tribuno, el del pretor y el del jurisconsulto.

La primera fase de la Equidad se determina por el hecho de que se ve que la ley se separa del misterio, la ciencia del privilegio, y que, por esto mismo, se notifica á todos la letra de la ley. En consecuencia, la primera fase de la Equidad, y por consiguiente, del Derecho Romano al mismo tiempo, es la *Promulgación*, equidad formal y necesaria para que de la forma se llegue á la substancia.

2.º A la equidad formal sucede la Igualdad de todos ante la ley. Esta fase es la segunda. Da nacimiento al pretor, que es el producto de la mayor actividad política descubriendo la mayor evolución jurídica de la conciencia humana. Una vez constituido el *Pretorio*, queda resuelto un gran problema social, es decir: la liquidación de las deudas y la división de la tierra común. Así comienza un nuevo período político, la unificación de Italia.

3.º A la unificación de Italia sucede el período de los grandes jurisconsultos, Elio

Catón, Scérola, Servio Sulpicio, Labieno, Sabino, Juliano, Gayo, Papiniano, Ulpiano, Modestino. La ciencia del jurisconsulto se afirma en el *Responsum*. Y con el *Responsum* de Papiniano, reputado por su universalidad, coincide la constitución de Caracalla y el derecho de ciudad universal.

Tras un examen sintético, profundamente pensado, de cada uno de esos períodos, el autor pasa á tratar del cristianismo, amenazado de caer por las vicisitudes del imperio romano. «En vista de la catástrofe inminente,—dice el autor—se encuentran tres remedios políticos en presencia, desde Diocleciano á Constantino: 1.º, la división del imperio; 2.º, la traslación del centro,—es decir, el cambio de capital; 3.º, la transformación de la nueva religión en fuerza de Estado—es decir: proclamar el cristianismo religión del Estado.»

Después de haber expuesto estos tres remedios pasa el autor al análisis del cristianismo en su origen y su influencia. Desarrollando este tema, que parece, sin embargo, inagotable, el pensador italiano recoge los errores de las diversas escuelas y sus exageraciones, afirmando que el cristianismo comprende ciertamente tres elementos de otras religiones, porque si hubiese sido absolutamente nuevo y hubiera chocado con todas las tradiciones, jamás habría podido fundarse. Y el autor añade: «Importa, á pesar de esto, que frente á esa comunidad de bases tradicionales sea puesto de relieve el lado nuevo del cristianismo, lo que en él no es reproducción sino evolución, ley nueva y rito nuevo. Este cristianismo que, no obstante ser anunciado por los profetas, huye de Oriente, que no entra en la filosofía ni en el arte griego, que, del mismo modo que se sustrae á la Academia, al Liceo, al Pórtico, triunfa de la Convención de Constantino, de la apostasía de Juliano, del Código de Justiniano, y se muestra igualmente rebelde á la política y á las leyes del Bajo Imperio; este cristianismo, en suma, que después de haber prescrito la obediencia y la resignación, y de haber separado á César de Dios, rasga la antigua legislación, destruye el antiguo Estado del que sobrepasa la ciencia y las costumbres.»

Y á propósito de la influencia que el cristianismo ha ejercido en el mundo romano, es importante citar las siguientes frases de Bovio, en las cuales muestra las relaciones del cristianismo con sus precursores en el mundo romano.

«El cristianismo es acogido bien en el mundo romano, en donde encuentra un sentimiento, más fuerte que cualquiera otra parte, de la personalidad individual. «Es mejor acogido que en Grecia, en donde el Estado prevalecía bastante más que la persona. En el mundo romano, el jurisconsulto había ensanchado el concepto práctico de la Equidad hasta una especie de derecho humano, hasta el derecho de ciudad universal. Este humanismo del jurisconsulto podía tomar dos formas: ó el cosmopolitismo estoico, es decir, una humanidad sin naciones, una humanidad abstracta; ó el individualismo cristiano que opone el individuo al Estado, la unidad á la comunidad. La primera forma, intrínsecamente imposible, penetró en Roma como simple preparación para la segunda.»

Otro libro de Bovio que revela bien la superioridad de su talento es la *Filosofía del Derecho*, cuya 4.ª edición ha aparecido en 1894 en la casa editorial de Civelli, de Roma.

Esta obra vigorosa comienza con dos admirables prefacios, titulado el uno: *Positivismo y naturalismo*; el otro, *El derecho en la patristica y en la escolástica*.

En el transcurso del primero, el autor determina la sucesión de los sistemas filosófi-

cos, afirmando que esa sucesión se efectúa en razón directa de la evolución político-social.

La teología es contemporánea de las antiguas hierocracias; en las edades señoriales se desarrolla la metafísica; con la era burguesa viene el Positivismo, con la Democracia el Naturalismo.

Se puede evitar lo histórico de los dos primeros períodos, por ser ya bastante larga esta exposición de la doctrina filosófica de nuestro gran pensador. Pero es necesario citar sobre la existencia del positivismo estas palabras: *El patriotismo es burgués, su acta de nacimiento coincide, poco más ó menos, con la fecha de la monarquía burguesa. Su evolución, su carácter, sus tendencias, su estilo acusan la presencia de una clase dominante; y sobre el Naturalismo, las siguientes: El Naturalismo, restituyendo su justo valor á la teoría de la relatividad y determinando la significación cierta de aquélla, realiza el criterio mismo de la certeza y vuelve á templar el carácter en la indicación resuelta de los fines naturales y civiles. Los ideales oscurecidos encuentran en la segura determinación de los fines la indicación definitiva de la medida de los medios.*

Más adelante, el autor comienza la exposición de su doctrina y define la ley de la evolución como *la medida del movimiento de la naturaleza en el pensamiento y del pensamiento en la historia*. Para comprender bien esta definición, es preciso acordarse de que, para Bovio, el pensamiento es la naturaleza que se refleja, y la historia el pensamiento que evoluciona, de suerte que el naturalismo es la forma de la naturaleza que se hace historia.

\*  
\*  
\*

Prosiguiendo sus investigaciones filosóficas, el eminente escritor italiano llegó á considerar al individuo humano y los derechos que le están conferidos, la integridad física, la integridad mental y la integridad de estimación, y se extendió en nobles disquisiciones sobre el carácter para exponer en seguida su teoría de la Propiedad, cuya novedad é importancia no se escaparán á nadie.

Comienza tratando del *no poseyente* en los múltiples estados sociales y se expresa así:

«Hay un último bajo fondo de pobreza que no es un cuarto estado, como tampoco es un quinto. No es un estado y no tiene nombre. No es sino un bajo fondo, en el cual no ha penetrado jamás el aire vivificante de un siglo, como tampoco el choque de una Revolución ó el soplo de una Redención. El bípodo que se mueve en el bajo fondo no tiene nombre porque no tiene raza. Es un troglodita que ha sobrevivido á la edad de piedra para llegar á ser el testimonio viviente del hombre prehistórico en el siglo XIX y la viviente censura á esta edad moderna que instaura la monarquía y deja subsistir la caverna.

»Al hombre de las cavernas de nuestra época, desprovisto de una elevación cualquiera de pensamiento, le falta toda forma de pasión humana. No odia porque no ama. No quiere la Revolución porque no la piensa y no la comprende. No siente ninguna cuestión política, ningún problema social, y no se hace mártir de una religión cualquiera, porque ningún dios le protege: un rugido, un monosílabo, una blasfemia, he aquí su palabra. El que se agita y lanza al palacio y á la banca el desafío social, se coloca por encima de ese troglodita, porque él tiene un estado cualquiera, cuarto, sea quinto, y es obrero de fábricas, el obrero que se asocia, discute y, discutiendo, calcula las distancias y el medio de disminuirlas.

»El más pernicioso de los males que atormentan al género humano, es la pobreza, cuya raíz es la ignorancia. La ignorancia haría inmutable y eterna esa pobreza, si la

*burguesía pobre*, á fin de proveer á su destino, no se viese obligada á tender la mano al cuarto estado. Los ejércitos permanentes, mantenidos especialmente para vigilar la pobreza, doblan la miseria.

»El *altruismo* no puede tener otra significación histórica que la siguiente: el cuarto estado, á fin de proveer á su destino, tiende la mano á ese estado inmutable que es el último bajo fondo social, así como el tercer estado, para sustituirse al clero y á la nobleza, tendió la mano al cuarto.»

Aquí el autor pasa á la doctrina de Malthus, que niega que las raíces de la pobreza sean la ignorancia, hace la exposición de aquella y al mismo tiempo la critica, demostrando que el problema del hambre pertenece estrictamente á la historia del hombre: *de-natural este hecho se ha convertido en problema civil.*

El principio que se ha de aplicar á la cuestión de la riqueza y del hambre, es el de la *causalidad*, que gobierna el mundo de la naturaleza como el de la historia.

«Cuando las cosas fueron consideradas como sobrenaturales, el privilegio y el hambre siguiéronse inevitablemente; pero cuando las *causas* sean llevadas de nuevo á su ley de reciprocidad, los privilegios y el hambre desaparecerán cada cual por su lado.

»Admitiendo, pues, que el efecto procede de la causa y proporcionalmente á la causa, el *producto* debe pertenecer al trabajo y proporcionalmente al trabajo, El fruto es del cultivador, la tierra es del que la cultiva.»

Giovanni Bovio hace, pues, derivar la teoría del colectivismo del principio de causalidad, base, como se ha visto, de toda su doctrina. De esta doctrina dimanar dos corolarios: *El primer productor es el acto de Pensar. La ociosidad es un delito punible por la prohibición de gozar del producto del trabajo de otro.*

La mejor explicación del primero de estos corolarios, está dada así por el maestro:

«El primer corolario fundado sobre el principio de la causalidad, enmienda y explica al mismo tiempo la sentencia demasiado exclusiva, que dice: «La tierra de quien la cultiva.» «Pertenece el fruto al productor? El principio de la causalidad se pronuncia por la afirmativa, pero no dice que el solo productor es el cultivador inmediato y directo. Otras fuerzas de la producción son también el químico, el agrónomo, el herrero y todos los que concurren á formar el cerebro y el oficio del cultivador. Si el filósofo no hubiera explorado las tradiciones veneradas, el naturalista no habría nacido, y, sin él, ni podía progresar la agricultura; ni el fruto saludable y abundante hubiera venido sin la prevariación cometida por el pensamiento. El artista mismo, el ser que parece más alejado de la producción y el más parásito, el poeta, el músico, trazan su curso en la tierra, puesto que el arte es el vestíbulo del Pensamiento.»

Esta doctrina social opuesta á la de Malthus, es absolutamente original y ha sido reconocida tal por el sabio doctor Napoleón Colajani en su libro *Socialismo y sociología criminal*, en el capítulo titulado: «Inversión de la fórmula malthusiana: Bovio.»

En este capítulo, Colajani escribe que la inversión de la *fórmula* malthusiana ha sido hecha muchos años antes que cualquiera por Bovio, y se resume así: Malthus hace derivar de las dos progresiones aritmética y geométrica la miseria y la ignorancia: Bovio, por el contrario, se apoya en la fórmula histórica que dice que la ignorancia es causa de la miseria.

\*\*\*

Después de haber enunciado el Derecho de la Persona y el derecho de la familia, deduciendo de ello la necesidad del divorcio, Bovio aborda las primeras nociones de

Derecho público, comenzando por la Comuna (*municipio*), y concluye que el *criterium* de las franquicias políticas en una nación, es la extensión de la autonomía municipal. En seguida viene la teoría sobre el Estado, que forma la parte más saliente y personalísima de la doctrina de Bovio. Al Dogma se opone la Ciencia. Desde su origen el Ateneo se alza en frente de la Iglesia. La lucha es secular, eterna. Cada victoria de aquél, señala una atenuación del poder de ésta. El Estado entra en Roma, y en la organización de la Iglesia se abre la brecha de Porta Pia. El Ateneo reconstituye el derecho de familia y en casi todos los países civilizados hace adoptar por el Estado el divorcio, y la Iglesia es herida en su dogma de la indisolubilidad del matrimonio. *Quod Deus conjunxit homo non separat.*

Está claro que, abandonados a sí mismos estos dos poderes, destrozarian la sociedad en guerras terribles. De donde resalta la necesidad de un Estado celoso de hacer cumplir, por el jurisperito político que le inspira, su más elevada función, que consiste en conciliar sabiamente unidos el Derecho y la Equidad, la ciencia y la tradición, evitando los choques. El estado es, pues, el punto medio proporcional de encuentro entre la Iglesia y el Ateneo. De esta teoría, resulta que si el Estado con relación a la Iglesia no puede ser ni *confesional* ni *ateo*, sino solamente laico, no será tampoco, con relación al Ateneo, ni *pedagogo* ni reformador, sino solamente un guardián vigilante del equilibrio.

El capítulo que sigue está consagrado a «la cuestión social y el Estado.» El autor recuerda lo que es la cuestión social, que aparece, desde el principio, como la cuestión de trabajo considerado como sólo productor de la riqueza, y sólo merecedor de poseer su producto. Esta cuestión no afecta ni al Estado, ni a la Iglesia, sino al Ateneo, porque no tiene ningún carácter religioso ni político, sino que tiene un carácter científico y humano. Este origen de la cuestión social es constante. Hoy, que esta cuestión está en una especie de adolescencia, ni el Estado ni la Iglesia, consiguen, a pesar de sus esfuerzos, asimilársela, improvisando un socialismo de Iglesia o de Estado. No le son legados los fundamentos, ni por una religión cualquiera, ni por una u otra forma de Estado. La fuente de tales fundamentos es puramente científica, y pueden definirse así:

1.º El destino del hombre, obligado a permanecer aquí abajo, donde, entre el nacimiento y la muerte, se erige, implacable, el deber de producir y el derecho de poner mano sobre el producto.

2.º El rechazar, como vana, toda esperanza de compensación póstuma, el desprecio de toda virtud de resignación, la lucha para vivir libremente.

3.º El presentimiento, al través de las diversidades y de los contrastes entre las naciones y las razas, de la futura unidad humana.

Hemos llegado aquí al último capítulo de la obra admirable de Giovanni Bovio. El ilustre autor dibuja en él la futura unidad humana, debida al pensamiento unificador.

*El Estado supera la tolerancia, y llega a la federación, que no es la unidad humana, pero la anuncia y la prepara. Las federaciones indican la decadencia de los grandes Estados, y establecen arbitrajes permanentes entre las naciones de cada raza. El COLLEGIUM INTER-FEDERAE sella, entre las razas, la unidad humana.* Como conclusión de esto, nuestro autor exalta, diviniza casi un Centro humano de la Ciudad Eterna, en el cual moren respetadas las naciones y las razas, y prestamente para esto, el hombre puede presentarse allí y sentirse Hombre. Ya no se podrá repetir «ó griego ó romano»; no se podrá ya, decir: «*Civis romanus sum*», y tampoco «cristiano» ó mahometano», ó «budista» ó «ateo». No se dirá más que: *Homo sum et jus humanum est mihi*.

La actividad científica y literaria de Giovanni Bovio, viniendo á sus principios, se manifestó primero, por un folleto titulado *Del fundamento ético del derecho de castigar*.

Antes de Lombroso y de la nueva escuela criminalista y positivista, Bovio descubrió nuevos horizontes del Derecho penal. Nuestro filósofo era entonces un joven y modesto ciudadano de Trani; su obra se impuso en seguida á la admiración de los espíritus más elevados. Entre éstos, se señaló Guisèpp Miraglia, primer presidente del Tribunal de Casación de Roma. Este docto magistrado, se entusiasmó de tal manera con la obra del joven escritor, que quiso conocerle, y le ofreció en seguida nombrarle sustituto de procurador del rey. Giovanni Bovio carecía de diplomas, y el juez Miraglia le prometió obtenerle dicho cargo *ad honorem*. Demasiado amante de las investigaciones filosóficas, el joven pensador rehusó entrar en la magistratura.

Otra obra de juventud es también *La Ciencia del derecho*, en la cual está ya expuesto el *Naturalismo científico*, fin perseguido después de manera constante por nuestro autor, y del que dimanan, naturalmente, las ideas de una admirable lección que leyó en la Universidad de Nápoles en 1887, *El Derecho público y las Razas humanas*. En esta discusión, Giovanni Bovio confirmó, en nombre de la ciencia que «no existe barbarie contra la civilización. Las naciones civilizadas pueden y deben llevar á las bárbaras la exuberancia de sus fuerzas; pero esto, por medio de colonias civiles, y no de colonias del tipo militar que ya han pasado. Italia no puede intentar la colonización en Africa; es para esto demasiado joven, y se halla desprovista, por consiguiente, de toda exuberancia de fuerzas. Obstinándose en Africa se atraerá, por parte del continente negro, funestas desilusiones.

... ¡Y los hechos han dado harta razón al filósofo!

Hombre de alta comprensión, y plenamente consciente de sus doctrinas, Giovanni Bovio fué el primer orador de Italia. En la aristocracia de su individuo, gustó de luchar con la palabra por sus ideas; pero desdeña la polémica vulgar.

Los extranjeros que tomaron parte en el *Congreso de la paz* de 1891, recuerdan todavía el espléndido discurso que pronunció en Nápoles en el banquete de *Fusaro*, y en el cual predecía á los congresistas la victoria final de su ideal, expresándose en estos términos:

«Tres grandes hechos modernos preanuncian la fraternidad humana:

»Los Congresos de la paz.

»La expansión colonial.

»La utopía anarquista...»

Es de notar aquí que la *utopía anarquista* está clasificada, por el filósofo italiano que fué su adversario resuelto, entre los hechos precursores de la paz del mundo por su carácter de universalidad.

Profundamente afecto al estudio del cristianismo, Bovio ha consagrado en un esbozo dramático, en una especie de boceto, la figura de Cristo, que se entrevé constantemente, aunque no aparezca jamás en escena, de su admirable «Cristó en la fiesta de Barim.»

Esta última obra, publicada hace varios años, traducida al francés por el firmante de este artículo; no estaba al principio destinada al teatro y únicamente en 1894 un actor genial, Zaccotti, supo comprenderla y quiso llevarla al teatro.

Zaccotti había acertado. La representación de la obra fué un triunfo desconocido en los fastos de los teatros italianos. Bastará recordar que en Florencia, un ilustre personaje alemán, el príncipe de Hohenlohe, se impresionó tanto, que tradujo la obra á su lengua.

Al *Cristo en la fiesta de Purim* sucedió el *San Pablo*, obra en la cual Giovanni Bovio retrata el apostolado y el martirio de Pablo de Tarso, y la victoria de la nueva fe sobre el antiguo ideal religioso. Otro trabajo dramático es el *Millemio*. El juicio formulado por Dante Alighieri sobre el cristianismo, mil años después del edicto de Constantino y del Cristianismo como religión oficial del Imperio. Recientemente Bovio hizo representar una obra dramático-social—*El Leviatán*,—que ha obtenido un brillante éxito. A esta obra no tarda en suceder *El Genio*, que está en prensa en Milán (1). Este título indica por sí solo la importancia del nuevo libro, que contiene un amplio y profundo examen del genio; sus orígenes naturales e históricos, los lugares, los tiempos y los tipos en donde se revela sus caracteres en la vida íntima y externa. Todos los sabios, todos los hombres de letras que se interesan por la antropología y la psiquiatría, esperaban con impaciencia este libro, tanto más, cuanto que es también una refutación de las teorías del profesor César Lombroso y de su escuela.

Después vendrá *El Naturalismo*, en donde el pensamiento del gran filósofo italiano será traducido por él en toda su integridad.

«Del hombre hay poco que decir. Nacido pobre en Frani, se instruyó á sí mismo y llegó á ser, por su fuerza de trabajo, primero, profesor de la Universidad de Nápoles, en donde enseña desde hace veintisiete años; después, diputado en el Parlamento, donde se sienta desde hace veintidós años. Hubiera podido llegar á ser ministro, si hubiese abjurado su antigua convicción republicana, y hubiera podido enriquecerse si hubiese entrado en el Foro. Prefirió la fidelidad á su fe y á la filosofía.»

Así me escribió, hace algunos meses apenas, un amigo del maestro, cuando supo que me proponía este modesto estudio. Y á esto yo no sé, ¿decir verdad, qué añadir. Las palabras que acabo de citar dicen, en su concisión y su verdad, mucho más de lo que yo no sabría expresar en varias páginas.

Fué en Agosto de 1894 cuando vi á Bovio por primera vez. Yo me había propuesto transcribir para la escena francesa el *Cristo* que había suscitado en Italia tanta admiración. Le escribí para pedirle que me autorizase á hacer ese trabajo.

«Venga usted á Nápoles y nos entenderemos», me respondió. Fui á Nápoles, y mi ilustre amigo, el profesor Diodato Liby, me acompañó á casa de Bovio. La época de esta visita era también aquella que presenciaba cómo el *Cristo en la fiesta de Purim*, por el cual se entablaba una lucha febril, ganaba terreno diariamente. De cada rincón de Italia llegaba al maestro el aplauso de la juventud estudiosa y del pueblo entusiasta. En todos los periódicos diarios aparecían comentarios apasionados, de cada imprenta se lanzaba el opúsculo analizando la ardua concepción dramática de la obra maestra. Todo está frente al clericalismo, tan poderoso entonces en Italia y protegido por el hombre funesto que se llamó Francisco Crispi, y que entonces gobernaba, á despecho del buen sentido, mi pobre país. Y ese clericalismo se enardecía contra Bovio, insultaba á quien había osado llevar á la escena el nombre del Nazareno. El Papa también se mezclaba en el asunto y ponía el *Cristo* en el Índice... como sus predecesores lo habían hecho con las obras de Voltaire, de Guinet, de Taine, de Renán y de tantos otros.

Giovanni Bovio soportó durante un tiempo el asalto del clericalismo; hasta dejó que éste pactase con Crispi una vergonzosa alianza. Después, más adelante, cuando lo juzgó oportuno, dió una lección merecida á sus implacables enemigos en el curso de una conferencia que ha permanecido célebre.

(1) *El Cristo* acaba de publicarse en Milán por el editor Treves. La primera edición está ya agotada.

En la víspera de esta conferencia, fué cuando vi á Bovio por primera vez.

De estatura media, una cabeza vigorosa sobre un cuello robusto y ancho de hombros, dos ojos brillantes, extremadamente movibles, penetrantes y escrutadores, bajo una frente vasta y luminosa, una barba gris, larga y flotante, que acaricia al hablar.

Tal se me presentó, en su modesto saloncillo de Nápoles, conversando con una hermosa voz sonora y repitiendo al profesor Lioy y á mí, los principales pasajes de la famosa conferencia.

Le escuchábamos ambos en silencio, llenos de pensamientos profundos que hacían nacer en nosotros su ardiente y luminosa elocuencia.

Esta visita fué para mí una revelación: la revelación del filósofo de carácter templado á la antigua; la revelación del genio cuya vida no fué hecha más que de pensamiento y de lucha.

PIETRO MAZZINI.

## CRONICA CIENTÍFICA

*Alrededor de la conquista del aire.—No más accidentes ferroviarios.—Hierba soporífera.—Una planta magnética.*

El número de *Edinburgh Review*, que acaba de publicarse, contiene un notable estudio sobre la navegación aérea, en el que el autor critica los recientes métodos empleados y las tentativas hechas para alcanzar la conquista del aire, que se busca con afán, hace bastante tiempo. El autor comienza declarando que no cree en su realización por medio de globos contruidos sobre el principio del *más ligero que el aire*, á pesar del éxito relativo alcanzado por Santos Dumont y otros inventores de globos dirigibles.

En efecto, estos globos, indudablemente dirigibles bajo ciertas condiciones atmosféricas favorables, dejan de serlo cuando el viento alcanza cierta velocidad, y se ha calculado que sería preciso que el globo tuviese una velocidad de 75 á 80 kilómetros por hora para ser dirigible en todas las circunstancias atmosféricas. Suponiendo que los recursos de la ciencia y de la mecánica modernas permitan obtener ese resultado, no hay, cualquiera que sea su forma y por resistentes que sean los materiales empleados en su construcción, materia capaz de resistir un minuto á la formidable presión del aire sobre sus paredes causada por semejante velocidad.

El autor cree que para volar es indispensable imitar á las aves, copiando su manera de moverse en los aires. Darwin ha observado que el condor se cierne sosteniéndose sobre sus alas extendidas é inmóviles, replegándolas cuando quiere descender, y luego las extiende, utilizando el impulso ganado al descender para ascender otra vez. El profesor Langley ha descubierto que, dado un cuerpo sobre aeroplanos ó alas artificiales, cuanto más rápido es el movimiento que se le imprime, menos fuerza se requiere para mantenerle en el aire. Por ejemplo, un aeroplano que se mueva á 40 kilómetros por hora, soportará 7 kilogramos por caballo-vapor de fuerza; de manera que uno de nuestros motores modernos que pese solamente de 3 á 4 kilogramos por caballo-vapor, soportará un peso de 190 kilogramos.

La diferencia entre el globo dirigible y la *máquina de volar*, consiste, principalmente

en que con el primero es imposible el empleo de grandes velocidades, mientras que con el segundo, cuanto mayor es la velocidad menos fricción hay y mayor es el peso transportado por una fuerza dada. El autor cree que la ciencia del ingeniero moderno podrá obtener sin gran dificultad, velocidades de 200 á 300 kilómetros por hora, y cuando las dificultades de impulsión y de detención sean vencidas el problema quedará resuelto.

En efecto, sir Hiram Maxim, ha construído un aeroplano que *vuela* realmente, ó mejor teóricamente; pero por el momento hay la dificultad de ponerle en marcha, y cuando á fuerza de expedientes se logre hacerle partir, no se sabe cómo persuadirle que se pare. La dificultad es sencillamente una cuestión de equilibrio, y cuando desaparezca, se verán buques aéreos deslizarse á la velocidad de 250 á 300 kilómetros por hora, que permitirán al viajero almorzar en París y cenar en Nueva-York el mismo día.

\* \* \*

En la línea férrea de Francfort á Hanau, se hacen actualmente experimentos de un aparato de dos ingenieros alemanes, los señores Pirman y Wendorff, destinado á evitar las catástrofes en los ferrocarriles, poniendo al maquinista de cada tren en comunicación constante y recíproca, y, además, con los jefes de estación, guarda-agujas, señaleros y guarda-barreras de un radio determinado.

Los experimentos verificados ante personas competentes han dado buen resultado, y el Gobierno ha dispuesto que una sección de la línea indicada se provea del nuevo aparato, cuyo funcionamiento es el siguiente:

En medio de la línea se pone un tercer rail ó riel en forma de T; bajo la parte delantera de la locomotora se coloca una caja de forma cúbica, de unos 30 centímetros, con un aparato eléctrico que, por un lado está en contacto con el rail, y por otro, mediante unos hilos, con el tandem, donde se halla el maquinista y donde hay instalado un teléfono, un timbre de alarma y una lámpara de incandescencia roja que se enciende por la misma acción que toca el timbre en caso de peligro. Una mejora del aparato pone en movimiento los frenos eléctricos de la locomotora ó de todo el tren. El aparato se halla dispuesto de manera que, tocando sencillamente un manubrio, puede asegurarse el maquinista de su perfecto funcionamiento.

La señal de alarma se produce automáticamente, mientras el tren se detiene casi instantáneamente, y entonces el maquinista puede informarse por teléfono de la causa de la alarma y obrar en consecuencia; esa misma señal se manifiesta simultáneamente sobre todas las locomotoras provistas del mismo aparato que se encuentren, por ejemplo, en el espacio de un kilómetro.

El principio que sirve de base al invento lo tienen aún reservado sus autores. Dado el antagonismo de intereses sobre que se funda la sociedad, antes que el fin puramente científico y aun el humano, está el individual; quizá si á los inventores no se les asegurase un beneficio proporcionado á su deseo el invento se perdería. Por eso hemos de leer una vez más esta fea amalgama de ideas: «Privilegio de invención». En fin, que el invento prospere es lo que conviene, que respecto lo del privilegio, ya se inventará el medio de arrancarlo de cuajo de una vez y para siempre.

\* \* \*

La naturaleza está lejos de habernos revelado sus secretos; en realidad, lo que sabemos, comparado con lo que ignoramos, representa una parte mínima, y cada día se hacen descubrimientos en todas las ramas de la ciencia y de la historia natural.

En ciertas regiones del Nuevo Méjico se ha descubierto una hierba que ejerce acción somnifera en los animales que la comen. Los caballos, después de comerla, se suelen dormir de pie, y las vacas y las ovejas se tienden en el suelo á dormir. El efecto soporífico se produce después de haber consumido bastante cantidad, y no despiertan los animales hasta que el efecto se disipa, pasadas algunas horas.

Los rebaños de los ranchos encuentran á veces grandes extensiones de esa hierba que comen y duermen á continuación, repitiendo la acción y el sueño hasta que la sed los aleja.

Ignórase aún si las propiedades narcóticas de esa planta son debidas al opio ó á otra substancia desconocida.

\*  
\*  
\*

Otro descubrimiento más interesante acaba de anunciarse: el de una planta de los bosques de la India que posee admirables propiedades electro magnéticas.

La mano que rompe una rama ó arranca una hoja, recibe un choque semejante al que da el conductor de una bobina de inducción. A la distancia de diez metros la aguja imantada se ve influida por su presencia, y colocándola más cerca se agita en extremo.

La fuerza de esta singular influencia varía con las horas del día, mostrando su máximo de intensidad á las dos de la tarde, desapareciendo durante la noche; durante las tempestades se aumenta considerablemente su intensidad.

Ningún ave se posa sobre esta planta; los insectos huyen de ella advertidos por su instinto; ningún metal magnético se encuentra en los terrenos donde crece esta planta, lo que parece demostrar que esta fuerza electro-magnética pertenece á la planta misma y no se la comunica ningún agente exterior.

TARRIDA DEL MÁRMOL

## MAS SOBRE EL MATERIALISMO

Como quiera que hay muchas personas que se hallan en la inteligencia de creer ser la doctrina del materialismo de creación ó fundación recientemente moderna, ó sea de los filósofos y científicos de mediados de la pasada centuria y fines de la misma, por no haberse tomado la molestia de consultar á algunos antiguos, resulta de esto que no tienen apenas ni tan siquiera la más remota idea de lo que se estudia en el campo ó en el terreno científico-filosófico que se denomina materialismo, y, por lo tanto, me he propuesto aclararlo todo lo mejor que me sea posible, conforme á mi grado de inteligencia é ilustración y apoyándome, al mismo tiempo, en los conocimientos, que los he adquirido con mis estudios en las ciencias químicas, científicas y filosóficas, y valiéndome de las teorías, pensamientos, máximas, lemas, aforismos, etc., de sus propagadores, alguno de los que ya he citado en otros de mis artículos.

Como ya he expuesto ó definido en el anterior lo que se entiende por materialismo, solamente debo de hacer una pequeña adición aquí; y esta es la de que dicho sistema filosófico es muy antiguo, como se ha de deducir por la lectura de estas líneas, quien tenga la buena voluntad de pasar sus ojos por ellas, aun cuando no sea más que por curiosidad.

Que este cuerpo de doctrina es antiguo, se echa de ver desde luego, sin más que tener en cuenta ó de recurrir á la memoria, para que ella luego nos lo indique, quiénes fueron los que la fundaron, siendo, entre otros, los célebres filósofos Demócrito y Tito Lucrecio, que vivieron mucho antes de J. C.; el primero 460 años antes, y el segundo 51 años, de modo que las teorías ó doctrinas materialistas, como se ve ó puede comprenderse fijándose en estas cifras ó fechas, tienen de antigüedad más que la época llamada del cristianismo.

Que este filósofo, Demócrito, era materialista, y sobre todo que conocía la principal base en que se apoya la dicha doctrina, se comprende desde luego, con fijarse solamente en la explicación atomística de la naturaleza concebida por él y que sirve de cimiento ó fundamento á las proposiciones de la Física moderna, ó sea la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía. La formación de los cuerpos y de los mundos se debía solamente al movimiento intrínseco y necesario de los átomos. El alma era una reunión de átomos esenciales, sutiles y ligeros, como los que constituyen el fuego. Como los átomos son impalpables é invisibles, no obran sobre nosotros; los conocemos únicamente por unas emanaciones ó simulacros de cuerpo que rodean á los cuerpos, y es lo que vemos.

Como todos ó la mayor parte de los filósofos de la antigüedad, incurrió en defectos de no pequeño ó escaso valor, siendo, entre otros, el de atribuir como causa única de la creación del mundo á la casualidad, defecto, á mi modo de ver ó comprender, si se tiene en cuenta á la época en que el tal vivió y dados los conocimientos que en aquel entonces se tenía de las ciencias físicas, químicas, y más que nada de las naturales, las cuales tanto desarrollo adquirieron á fines del siglo XVIII con el gran Cuvier (Jorge Leopoldo Cristián Federico Dagoberto barón de), y el no menos célebre Lamarck, precursor del nunca bien alabado y ponderado Charles Darwin.

No cree Demócrito que exista el color, ni tampoco el sabor (impresiones subjetivas); en la naturaleza sólo admite la existencia de la combinación de los átomos. La opinión que formamos de una cosa depende de la manera según la cual nos afecta. La esencia verdadera de los objetos, la única realidad, el átomo, resulta para el hombre inaccesible. Así el hombre se halla rodeado de un mundo de ilusiones que el vulgo toma por realidades. La muerte es la separación de los átomos animados, que se dispersan, desvaneciendo la conciencia individual. Siendo para este filósofo el alma un caso especial de la materia en movimiento, los procesos racionales, los del pensamiento, la sensibilidad y la voluntad deben ser reductibles, como los demás movimientos conocidos, á las leyes generales de la Mecánica.

Expuestas, aun cuando á grandes rasgos, las teorías ó creencias de las doctrinas de Demócrito, y haciendo un pequeño análisis sobre las mismas, parece increíble que pudiera vislumbrar con la claridad que acabo de exponer éstas, lo que con la acción del tiempo se ha llegado á explicar con ejemplos y experimentos, los cuales no dejan la menor duda acerca de la veracidad de las dichas doctrinas, sin embargo de que todavía en la época actual, muchísimas personas que pasan fama de ilustradas, sin duda, tal vez por poseer algún título académico y de haber publicado alguna obra de carácter más ó menos literario; pero con ribetes de filosofía, y hasta con presunción de científica, y que sin embargo, en cuanto á su firma, es algo merecedora de los elogios que á la misma se le tributen; pero no en cuanto al fondo, pues no basta pasar ó tener fama de ilustrado; sino serlo en realidad, por cuanto que la palabra vulgo se refiere, ó por lo menos debe de referirse, no ya al común de la gente popular ó plebe, sino también al conjunto

de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial, ó por todos aquéllos que, en cualquier orden de la vida, descienden de la *línea media*, ó sea de la racionalidad.

Vulgo, llamo ó califico yo, como lo hizo el novelista insigne, gloria de la literatura española, Cervantes en su inmortal obra el *Quijote*, cuando se encuentra éste con el caballero del verde gabán y entablan los dos conversación acerca de las ocupaciones á que cada uno de ellos se dedican y le dice D. Quijote (á pesar de su honra), que vulgo llamo yo á *todo aquel que ha estudiado, y sin embargo, no sabe*, pues se imaginan muchos que con ir á un establecimiento docente y al cabo de los años que, conforme al régimen estatuido, se adquiere el anhelado título, ó sea la patente para ejercer una determinada profesión de carácter puramente técnico, y por lo tanto sujeto á debida responsabilidad, creen, como digo, que con eso ya pueden considerarse como unos verdaderos sabios, cuando en rigor de verdad no han llegado á aprender nada más que á empezar á estudiar, pues para llegar á ser sabio se requieren muchas condiciones difícilísimas de alcanzar, y que, según mi humilde parecer, no todos los poseedores de tal calificativo ó denominación la merecen.

Para que se pueda comprender la antigüedad de estas doctrinas, es preciso hacer las comparaciones de las antiguas con las expuestas por los modernos, para después deducir las consecuencias que se establezcan de tales comparaciones.

Lucrecio suprimió el infierno; no concedió á sus dioses intervención alguna en el mundo, ni los consideró susceptibles de amor ni de cólera, por nuestras virtudes ni por nuestros vicios.

Reconocía en el hombre ánimo y alma; pero les suponía *materiales*, bien que de más sutil materia (pero materia al fin y al cabo), consideraba difundida el alma por todo el cuerpo y le daba las funciones que hoy da al sistema cerebro-espinal la Fisiología.

Nada hay para nosotros más allá del sepulcro.

Vislumbró ó sospechó algo acerca de la tan debatida generación espontánea, que ya en el siglo xvi Fabricio Aquapendente y su discípulo Harvey demostraron de una manera radical la no posibilidad de la misma, estableciendo para ello un principio que rebasa por completo dicha doctrina ó teoría, cuyo principio es como sigue: *De nada nunca puede producirse maravillosamente algo.*

¡Qué mayor argumento en pro de las doctrinas ó teorías del materialismo, y también propuesto por el gran Lucrecio, cuando dice que lo que desaparece de nuestra vista no se extingue sino se transforma; *la vida surge de la muerte*; es decir, que la una vive á expensas de la otra!

A medida que vamos examinando sus teorías, más y más llegan á convencer del materialismo dominante en las mismas, y esto puede observarse en el párrafo siguiente, sacado, como los anteriores, de su magna obra, titulada: *De Rerum Natura*, ó sea, *Naturaleza de las cosas*, cuyo párrafo dice: «Añadiré que si el hombre y los animales necesitan propio adecuado alimento, y si los seres viven á expensas los unos de los otros, es porque está constituido cada uno por principios comunes á los demás, en relación con el total del universo.»

Respecto de lo que nos dice del alma, es sumamente atrevido, pues aun en los tiempos en que vivimos llegará á causar asombro á muchos individuos, aun cuando estos se titulen ó pretendan titularse personas de ideas ó creencias más ó menos avanzadas, y lo que manifiesta voy á decirlo aquí, para que recapaciten un poco sobre el sentido de sus creencias. «Si el alma fuese de inmortal naturaleza y se uniera al cuerpo en el instante

en que este apareciera á luz, ¿cómo no sabemos de propia experiencia absolutamente nada anterior á la vida y no conservamos el menor vestigio de las acciones pasadas? Y si tanto se altera el alma que llega á olvidar todo lo pasado, entiendo que el estado á que se reduce difiere poco de la muerte. Conducidos por estas observaciones, hemos de vernos obligados á confesar que todas las almas que antes hayan vivido murieron, y que las ahora existentes ahora se han producido.» No quiero extenderme con más máximas, pensamientos ó hipótesis de este gran filósofo, porque con lo ya manifestado, supongo será lo suficiente para comprender hasta dónde llegaba el grado de su poiente inteligencia y al mismo tiempo el gran atrevimiento de la manifestación de sus profundos pensamientos, pues aún en la época actual causan asombro á muchos individuos, á pesar de que se precian de tener ó de creer en las ideas ó en las doctrinas que sus más entusiastas defensores y apóstoles las proclaman ó las publican, tanto de palabra como también por escrito, aun cuando muchos de éstos (me refiero á los escritos) no parecen como tales, por la forma en que están expuestos; pero que en el fondo verdaderamente lo son, pues esa es la síntesis de ellos, y entre otros dos, uno que leí en *El Imparcial* del 24 de Agosto del pasado año, firmado por Vicente Vera, el cual lleva por epígrafe «Un obelisco enfermo», y en cuyo artículo dice cosas sumamente curiosas é interesantes, á la par que atrevidísimas respecto á la existencia de las enfermedades que padecen, no ya los animales vegetales, sino los seres pertenecientes al reino mineral, y llega á calificarlas de parasitarias, denominando á una de éstas de elefantiasis; pero muchos que lo hayan leído lo habrán tomado bajo el punto de vista del idealismo ó de la fantasía de un juego del pensamiento ó de un ejercicio de su acalorada mente en un momento de febril exaltación.

Pues bien; volviendo á los filósofos antes citados, todo ó la mayor parte de cuanto han escrito en sus respectivas épocas, se está diciendo en la era presente, aun cuando, como es natural, con más datos y más detalles, y hasta con ejemplos prácticos para la demostración de lo que se teoriza ó razona, y, sin embargo, hay quienes se asustan y escandalizan si se les habla de las teorías más modernas de las ciencias biológicas, incluyendo entre éstos algunos que á boca llena se proclaman *amantes de la libertad y del progreso*, y temen, sin embargo, atacar en lo más mínimo todo aquello que tenga ribetes más ó menos marcados de sectarismo ó dogmatismo, como si lo correspondiente á esta clase de materia no fuera tan discutible ó más, si cabe, que la de cualquiera otro asunto, pues hoy en día es un solemne disparate decir de una manera categórica, firme, terminante, *si ó no*, sobre tal ó cual asunto, sino permanecer en la duda, clase ésta de las ciencias biológicas, pues hoy nos dan una explicación y pasado cierto periodo de tiempo es desechada ésta para ser reemplazada por otra que parece ser más racional, más lógica y por ende más admisible, mientras que, en el sectarismo ó dogmatismo, permanece eternamente la misma, pues no admite variación de ningún género, y, comprendase ó no se comprenda, es preciso, es necesario, es obligatorio el creerlo, aun cuando sea contrario á la razón y al sentido común.

Si se me dice que la ciencia en ocasiones se equivoca, habré de contestar que no puede de ninguna manera equivocarse, pues entonces quien sufriera tal falta sería la naturaleza, puesto que la misión de la ciencia es la de interpretar las leyes de aquella que todo cuanto vemos, cuanto observamos, ha sido creado ó formado por ellas; y quienes en tal caso se equivocan son los llamados científicos, que no tienen suficientes dotes intelectuales para ello (aun cuando pretenden tenerlas); pero la ciencia, como irá manifestando, es la verdad, y lo digo esto, porque á menudo leo en algunas revistas y periódicos

dicos de bastante importancia, escritos con firmas más ó menos autorizadas, que se atreven á decir ó dirigir insultos á la respetabilísima ciencia, calificándola con unos epítetos nada satisfactorios, y yo, desde estas líneas, protesto de tales palabras y advierto á todos los que se dedican á desacreditar las ciencias que todo lo noble, digno, honrado y altamente sagrado, se halla, encierra ó encuentra en ellas, siendo, al mismo tiempo, base de todos los progresos y adelantos, y por ende, del bienestar social; pero estos que se proponen desacreditarla, no son más que literatos de pacotilla, y solamente poseen algunos rudimentos de ciencia, la adquirida generalmente en los Institutos, y aun ello, de cualquiera manera, y la llevan como prendida con alfileres, y de consiguiente no sean capaces de llevar á cabo un estudio, no ya profundo, ni tan siquiera un poco detallado, de éstas, y tropiezan con grandes dificultades.

He de advertir también que, así como dice el gran literato francés Emilio Zola, en un artículo publicado en *La España Moderna* el 15 de Junio de 1892, lo digo yo, quisiera en mis trabajos más sencillez y más naturalidad, hay cosas que están muy bien escritas y muy mal explicadas. sin embargo, pues no tratan de convencer al lector, sino única y exclusivamente de halagarlo con palabras ó frases hueas y rimbombantes; pero de poco, escaso ó nulo sentido filosófico ó científico.

FÉLIX DE UNAMUNO.

## ♦♦♦

### ***La cooperación libre y los sistemas de comunidad.***

Me advierten algunos amigos la necesidad de que este trabajo sea precedido de un corto resumen explicando la posición mutua de los partidos comunista y colectivista, porque esta última especie de anarquismo no es bien conocida fuera de España, donde se entiende siempre por colectivismo el marxismo y no se explican cómo se puede ser colectivista y anarquista á un mismo tiempo.

Para los anarquistas que pertenecieron á la antigua *Internacional* tal aclaración es innecesaria, porque el colectivismo anarquista es una reminiscencia de los principios de aquella asociación. Los anarquistas se decían entonces colectivistas lo mismo que los marxistas. La idea del comunismo libre no se formuló hasta más tarde, y España es uno de los países donde penetró mucho después. La antigua Federación de Trabajadores afiliada á la *Internacional* se decía anarquista y colectivista y siguió en su totalidad la tendencia de Bakounine cuando la ruptura de La Haya. Anarquista y colectivista continuó aún después de disuelta la *Internacional*. En 1882 y en el Congreso de Sevilla, se formuló por primera vez la idea del comunismo, entonces bastante autoritaria en el fondo. Pero el Congreso se pronunció en contra de esta tendencia.

Naturalmente, la idea del colectivismo anarquista difiere mucho del colectivismo marxista. Nada de organización estatista, de retribución acordada por órganos directivos en aquél. La base principal del colectivismo anarquista es el principio del contrato para regular la producción y la distribución. Los colectivistas sostienen la necesidad de organizar, mediante pactos libres, grandes federaciones de producción, de tal modo que ni ésta ni la distribución marchen ó se libren al azar, sino que sean el resultado de la combina-

ción de las fuerzas y de las indicaciones de la estadística. No acepta el principio comunista de distribución *á cada uno según sus necesidades*, y si bien al comienzo afirmaba el lema *á cada uno según sus obras*, actualmente se contenta con establecer que tanto los individuos como los grupos resolverán el problema de la distribución por medio de convenios, libremente consentidos, conforme á sus tendencias, necesidades y estado de desenvolvimiento social. En conclusión, el colectivismo anarquista aspira á la organización espontánea de la sociedad mediante libres pactos sin afirmar ni procedimientos ni una resultante obligada. En este sentido, la actual tendencia de los que se dicen anarquistas sin adjetivo alguno, es también una reminiscencia del colectivismo.

El comunismo anarquista en España difiere del colectivismo en la negación para ahora y para el porvenir de toda organización. Extremando las conclusiones del comunismo de otros países, sin duda por el antagonismo colectivista, llega á la afirmación del individualismo en absoluto. Especialmente en ciertas ciudades de Andalucía y en alguna de Cataluña, son los comunistas por completo opuestos á toda acción concertada. Para ellos en el porvenir no habrá más que producir como se quiera y tomar del montón lo que se necesite, y piensan que en el presente todo acuerdo, toda alianza es nociva. Realmente esta especie de comunismo es resultado de una gran falta de estudio de la cuestión, mezclada con buena dosis de dogmatismo doctrinal. Claro es que hay en España comunistas bien conscientes que no echan en olvido las dificultades y la importancia del problema de la distribución, pero con éstos, como con los colectivistas desapasionados, no hay lugar á polémica, porque concuerdan en muchos puntos de vista. Mas aparte esto, puede decirse que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple, para que pueda ser presentado como concepción completa de la sociedad futura. Tan pronto toca los linderos del anarquismo *nietzschano* como se funde en el autoritarismo más pernicioso. De hecho el comunismo y el colectivismo adolecen de los defectos que se derivan de toda polémica continuada: la exageración y el fanatismo doctrinal.

Quizá por la exageración metódica del colectivismo se produce en el comunismo la exageración atomística que reduce la vida social á la independencia *absoluta* del individuo y recíprocamente. Tal vez sin el antagonismo de las dos escuelas cualquier diferencia quedaría reducida á una simple cuestión de palabras; pero actualmente ambas tendencias son irreductibles. De un lado la necesidad de organizar, de concertar la vida social entera; de otro lado la afirmación de que produciendo y consumiendo al azar, como cada uno lo entienda, se obtendrá la armonía social apetecida.

En los detalles y en cuestiones de procedimiento los dos partidos difieren aun más, hasta el punto de que no le falta razón al órgano del socialismo marxista en España—que se dice indiferentemente comunista y colectivista—para sostener que los anarquistas perdemos lastimosamente el tiempo discutiendo las *quintas esencias* de un porvenir que nadie puede determinar de antemano ó *a priori*.

Es todo lo que puedo decir acerca de la posición respectiva de los dos partidos ó escuelas, dentro de las limitadas condiciones de este trabajo.

\*  
\*  
\*

Entiendo por cooperación libre el concurso voluntario de un número indeterminado de hombres para un fin común. Por comunidad todo método de convivencia social que descansa en la propiedad común de las cosas. Y siempre que haga uso de la locución «sistemas de comunidad» será para designar algunos ó todos los planes previos de comunidad, ó lo que es lo mismo, determinados *a priori*.

Hago estas aclaraciones porque es muy esencial entenderse acerca del significado de las palabras.

Hay entre nosotros los anarquistas, comunistas, colectivistas y anarquistas sin adjetivo alguno. Con la denominación de «socialismo anarquista» existe un grupo bastante numeroso que rechaza todo exclusivismo doctrinal y acepta un programa bastante amplio para que en principio queden anuladas todas las divergencias. La denominación *socialista*, por su carácter genérico, es más aceptable que cualquiera de las otras.

Pero como de hecho las diferencias doctrinales persisten, conviene analizar, sin compromisos, las ideas é intentar el acuerdo eliminando las causas de divergencia.

Aparte la fracción individualista, todos los anarquistas somos socialistas y todos estamos por la comunidad. Y digo todos, porque el colectivismo, tal como lo entienden los anarquistas españoles, es un grado de la comunidad, que á su vez los que se denominan comunistas no traducen de un mismo modo. Hay, pues, un principio común. Los diferentes nombres que nos damos no hacen sino revelar distintas interpretaciones, porque para todos es primordial la posesión en común de la tierra, instrumentos del trabajo, etcétera. Las diferencias surgen tan pronto se trata del modo ó modos de producir y distribuir la riqueza.

La disparidad de opiniones se hace sensible porque propendemos por educación al dogma y cada uno trata de sistematizar desde ahora la vida futura, un poco descuidados de la necesaria consecuencia con la idea anarquista.

No es, á mi parecer, razonable tal disparidad de opiniones por preferencias hacia de terminados sistemas. Entiendo que la afirmación de éstos es contradictoria con el principio radical de la libertad, y que por otra parte no es indispensable aquella afirmación á la propaganda de nuestras ideas.

Es muy sencillo hacer entender á las gentes menos cultas que las cosas se harán de tal y tal modo en lo porvenir, pero equivale simplemente á remachar su educación autoritaria hacerles concebir que se harán así y no de otra manera.

Se dice con suma facilidad que cada uno gozará del producto íntegro de su trabajo ó que cada uno tomará lo que necesite donde lo encuentre, pero no tan fácilmente se explica cómo se hará esto sin perjuicio para nadie, ni cómo todos los hombres se conformarán á obrar de uno ú otro modo.

Necesitamos, por el contrario, llevar á los cerebros la idea de que todo habrá de hacerse conforme á la voluntad de los asociados en cada momento y en cada lugar; necesitamos hacer que se comprenda lo más posible la necesidad de dejar á los hombres en completa independencia de acción; y no es ciertamente atiborrando las inteligencias de planes previos como se las educará en los principios anarquistas.

Esta labor es más complicada que aquella otra, hace menos asequible la comprensión de las ideas anarquistas, pero es la que corresponde á la afirmación de un mundo mejor en el que la autoridad organizada haya sido reducida á cero.

Y puesto que este modo de entender la propaganda es seguramente común á todos nosotros y está iniciada la corriente de opinión favorable á la amplitud de concepto en materia económica, juzgo saludable que todos contribuyamos á que la propaganda se oriente cada vez más en sentido antidogmático y antiautoritario.

Esto es lo que me propongo al tratar el tema que sirve de epígrafe á estos renglones.



Si afirmamos la libertad en el sentido de que cada individuo y cada grupo pueda obrar autónomamente en cada instante, y la afirmamos todos, es claro que queremos los medios de que tal autonomía sea practicable. Y porque los queremos somos, sin duda, socialistas, esto es, afirmamos la justicia y la necesidad de la posesión común de la riqueza, porque sin la comunidad, que significa igualdad de medios, la autonomía sería impracticable.

Entendemos, creo que sin discrepancia, por comunidad de la riqueza la posesión en común de todas las cosas, de tal modo que estén á la libre disposición de individuos y grupos. Esto supone que será inenester establecer la oportuna inteligencia para hacer uso metódico de la facultad de disponer libremente de las cosas. La investigación de las formas posibles de aquella necesaria inteligencia dan origen á las diferentes escuelas señaladas. Se trata, pues, de cuestiones de pura forma.

¿Será necesario á partir de nuestras afirmaciones genuinamente socialistas sistematizar la vida general en plena anarquía? ¿Será necesario decidirse desde ahora por un sistema especial de práctica comunista? ¿Será necesario trabajar para la implantación de un método exclusivo?

Si lo fuese estaría justificada la existencia de tantos partidos anarquistas como ideas económicas dividen nuestras opiniones.

Por otra parte demostraríamos con tales propósitos que pretendíamos algo más que la igualdad de medios como garantía de la libertad; demostraríamos que tratábamos de dar una regla á la libertad misma, mejor dicho, á su ejercicio.

Sistematizar el ejercicio de la autonomía es contradictorio. Libre el individuo y libre el grupo, nada puede obligarle á adoptar tal ó cual sistema de convivencia social. Nada será asimismo bastante poderoso para de terminar una dirección uniforme en la producción y distribución de la riqueza.

Puesto que afirmamos la total autonomía individual y colectiva, habremos de admitir en consecuencia la facultad en todo el mundo de proceder como quiera, la posibilidad de que unos obren de un modo y otros de otro, la evidencia de múltiples prácticas, cuya diversidad no será obstáculo á la resultante de armonía y y paz social á que aspiramos. Habremos, pues, de admitir, en resumen, el principio de la cooperación libre, fundada en la igualdad de medios, sin que sea necesario ir más lejos en las consecuencias prácticas de la idea.

¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista ó colectivista?

La sola enumeración de esas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construimos sobre movediza arena castillos que derribaría el más leve soplo del porvenir cercano. Propagamos la libertad de hecho, la posibilidad de obrar libremente en todo tiempo y en todo lugar. Esta posibilidad será efectiva para el pueblo tan pronto se halle en posesión de la riqueza y de ella pueda disponer sin que nadie ni nada se lo estorbe. Y será tanto más efectiva cuanto más el pueblo pueda libremente concertar los medios de metodizar la producción y la distribución de la riqueza puesta á su alcance.

Nosotros, anarquistas, podremos decir entonces al pueblo: «haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el uso de la riqueza como creas más conveniente; organiza la vida de la libertad como sepas y quieras». Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia de clima y raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social se produciría la actividad en múltiples direcciones, se

aplicarán diferentes métodos y también, á la larga, la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos por la experiencia parte, por lo menos, de lo que no lograremos con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles.

La afirmación de que «todo es de todos» no implica que cada uno pueda disponer de todo arbitrariamente ó conforme á una regla dada. Significa solamente que estando la riqueza á la libre disposición de los individuos, queda á merced de estos la organización del disfrute de las cosas.

La investigación de las formas de organizar este disfrute es ciertamente útil y necesaria, sobre todo á título de estudio, no á título de imposición doctrinal. Pero esta misma investigación no dará ni es preciso que dé por resultado unanimidad de opiniones ni es deseable que determine un credo social. En materia de opiniones es preciso ser respetuoso con todas. La libertad de llevarlas á la práctica es la mejor garantía de este respeto.

En una sociedad como la que preconizamos la diferente naturaleza de los trabajos obligará en unos casos á turnar en la ejecución de ciertas tareas, obligará en otros al voluntariado. Ya será necesario que un grupo se ocupe permanentemente de tales labores; ya que tales otras se ejecuten, alternando, por varias agrupaciones. Aquí la distribución podrá seguir el procedimiento comunista que la abandona á las necesidades, mejor sería decir á la voluntad de los individuos. Allá sera preciso reducirse voluntariamente á una regla cualquiera como el razonamiento ú otra semejante. ¡Quién es capaz de abarcar el conjunto de toda la vida futura!

Podrá decirseme que todo lo expuesto es sencillamente comunismo. En este supuesto el colectivismo es también comunismo y recíprocamente. No hay más que diferencia de grado. Y lo que trato de probar es la contradicción en que se incurre cuando á la palabra anarquía se asocia un sistema cerrado, invariable, uniforme, sujeto á reglas pre-determinadas.

Podrá estar en el cerebros de todos nosotros este espíritu de amplia libertad, este criterio general que designo con el nombre de cooperación libre; pero los resultados prácticos demuestran que más ó menos á las palabras comunismo, colectivismo, etcétera, se asocia la idea de un plan completo de convivencia social, fuera del que todo es erróneo.

Nuestras luchas se derivan precisamente de esa asociación de ciertas ideas á ciertas palabras donde todo exclusivismo tiene su asiento. Y cuando á la propaganda se llevan particularismos de escuela, los resultados son fatales, porque en vez de hacer anarquistas conscientes, hacemos fanáticos del comunismo A ó fanáticos del comunismo B, fanáticos, en fin, de un dogma, cualquiera que sea.

\*  
\* \* \*

A las razones, que pudiéramos llamar de orden interior, ya expuestas, habremos de añadir otras de orden general que corroboran mis deducciones.

La experiencia actual y la experiencia histórica—de las que la experiencia del porvenir no será más que el corolario—serán puestas á contribución.

Dondequiera que un sistema ha predominado ó predomina, los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno; las experiencias prácticas varían notablemente desviándose del punto de partida. Del comunismo de algunos pueblos sólo puede obtenerse una característica ideal. En los hechos no hay comunismo

igual á otro comunismo. En todas partes se hace concesiones al individualismo, pero en grado muy diverso. La reglamentación de la vida oscila desde el libre acuerdo hasta el despotismo más repugnante. Desde los esquimales, que viven en comunidades libres, hasta el comunismo autoritario del antiguo imperio peruano la distancia es enorme. Y no obstante las prácticas del comunismo se derivan de un solo principio: el derecho eminente de la colectividad que en los países gubernamentales se trueca en el derecho eminente del príncipe que asume la representación y los derechos de los súbditos. Este principio no subsiste empero sin limitaciones esenciales. En todas partes las reservas en beneficio de la individualidad son numerosas. En unos casos es de propiedad privada la casa y el jardín. En otros la comunidad no alcanza sino á una porción de la tierra, reservándose las otras el Estado y los sacerdotes ó los guerreros. Finalmente, los esquimales en sus libres comunidades reconocen en el individuo el derecho á separarse de la comunidad y establecerse en otra parte cazando y pescando á su riesgo. Cualquiera puede, continuando esta excursión por los dominios de la sociología y de la historia, convencerse de lo trabajoso que es explicarse cómo prácticas tan contrarias proceden de un principio común.

Del mismo modo el régimen individualista se halla en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho. La propiedad en muchos casos se reduce á la posesión ó al usufructo que el Estado á voluntad concede ó retira. En otros el uso de la tierra se da por repartos periódicos porque teóricamente se dice que el suelo es de todos.

Si analizamos la experiencia actual del individualismo industrial ó agrícola veremos que el principio ó regla es uno: el derecho á la propiedad exclusiva y absoluta de las cosas; pero que los métodos de aplicación varían de país á país y de pueblo á pueblo. No obstante el empeño de unificación de los legisladores, el poder absorbente y unitarista del Estado, las leyes son un verdadero *maremagnum* y los usos y costumbres en la industria, en la agricultura y en el comercio tan opuestos entre sí que lo que es equitativo en un lugar se tiene por injusto en otro.

Hay países donde la asociación obra milagros y otros donde, cual prefiere luchar sólo en beneficio suyo exclusivo. Comarcas enteras pertenecen en una misma nación á una docena de individuos, mientras otras están subdivididas en pequeñísimas parcelas. Aquí prevalece la grande industria, allá perdura el antiguo artesano trabajando en su pequeño taller. La transmisión de la propiedad reviste las más variadas formas. Y en cuanto á las rentas cobradas por el señor que goza del derecho eminente, han desaparecido ó se han transformado en unos sitios, persisten invariables en otros.

¿Será necesario consignar que ningún Estado sedicente civilizado es por completo individualista? No obstante el derecho al uso y abuso de las cosas, el poder público invade á cada paso el derecho de los ciudadanos. Por causa de utilidad general se establece la expropiación, recayendo de nuevo en el principio comunista del derecho eminente de la colectividad.

Por otra parte una porción considerable de la riqueza es de uso común en los países civilizados y gran número de instituciones, comunidades son que viven en medio del individualismo moderno.

Creo inútil aducir pruebas que están al alcance de todo el mundo. Me limito á indicar un proceso y sacar las conclusiones.

De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desenvolverá según un principio general: el de la posesión común ó colectiva—ambos términos son para mí

equivalentes—de la riqueza y que prácticamente este principio se traducirá en métodos diversos de producción, distribución y consumo, métodos todos de libre cooperación.

Esta misma deducción resulta inmediatamente del principio de libertad que nos es tan caro. Y ahora puedo agregar que la diversidad de experiencias individualistas ó comunistas contenidas en el pasado y en el presente no son sino la consecuencia obligada del principio de libertad superviviente en la especie humana, á pesar de todas las coacciones. El individuo—y lo mismo el grupo—tiende siempre á darse su norma de vida, á regirse según sus opiniones, sus gustos y sus necesidades. Y aun cuando esté reducido á la imposición de un sistema, librará su existencia dentro de este y contraviniéndolo con arreglo todo lo más posible á dichos gustos, necesidades y opiniones. Tal ocurrió antes, tal ocurre ahora, tal, pensamos, ocurrirá después.

Frente, pues, á la invariabilidad sistemática, frente á todos los exclusivismos de doctrina, creo haber establecido que el corolario de la anarquía es la cooperación libre, dentro de la que toda práctica de comunidad tiene espacio adecuado. Y pienso que bajo la denominación «socialismo anarquista» podemos y debemos agruparnos todos.

Languidecen actualmente las luchas del exclusivismo doctrinal; mi deseo es haber contribuido á que desaparezcan por completo.

La afirmación del método de cooperación libre es genuinamente anarquista y enseñará á los que á nosotros vengan que no decretamos dogmas ni sistemas para el porvenir y que la anarquía no es una apariencia de la libertad, sino la libertad en acción.

R. MELLA.

(*Memoria al Congreso de París.*)

---

## Crónicas de Arte y de Sociología

### PARÍS

Les affaires sont les affaires, de Mirbeau.—*La Exposición Nacional de Bellas Artes.*—Un monumento á Sainte-Beuve.—Una conferencia de Jorge Brandes.—El problema del porvenir latino, por León Bazalgette.—Una historia cómica, por Anatolio France.—Dans les bas-fonds, por Máximo Corki. *Sociedad del Mercure de France.*

Octavio Mirbeau, con su última obra teatral, ha demostrado que no conoce á la gente de negocios. Esto sorprende en un autor que, con alardes de crítico, trata de reflejar la existencia de París, en cuya capital reside y donde el mundo financiero tiene su máxima representación. Me duele consignar la miopía psicológica de que Mirbeau ha dado pruebas en este punto, de tal manera, que mi admiración por él ha bajado... en algunos enteros. Y perdone el lector el término bursátil.

Falta imperdonable, además, ha cometido el autor, al dar carácter excesivamente grotesco á sus personajes. Frisan éstos en la caricatura, y por ello el arte de *Les affaires sont les affaires*, si hemos de considerarlo tal, resulta de categoría inferior. Ibsen, sin pretender entrar en el mecanismo de la finanza, cuyo poder, sin embargo, sugiere, presenta con grandeza y con humanidad el drama de Juan Gabriel Borkman, que ha hecho

bancarrota en el negocio. Vemos allí á una gran figura trágica, cuya existencia pasa de la soberanía social al hundimiento individual.

Se dirá que Mirbeau quiere ofrecer los males sociales que provoca la gestión de un financiero; pero éste no existe realmente en su obra, ni Lechat, el protagonista, arrostra ningún drama. ¿Cuál es el financiero que divulga á diestra y siniestra sus planes? ¿Cuál es el gran potentado que da, á todo pasto, pormenores de su fortuna? ¿Quién, sólo por maldad sádica, persigue la ruina ajena? Si el financiero hunde á los demás, lo efectúa por enriquecerse.

Mirbeau no da idea del robo social é individual que se opera con las grandes combinaciones y monopolios de la finanza, que se ampara en las leyes para legitimar tal latrocinio. No cabe mayor inmoralidad que las ganancias fabulosas de ciertos comerciantes, industriales y financieros, quienes las realizan mediante la opresión y la explotación de los miserables.

Bien que funesta, el alma del financiero, que no ha ahondado Mirbeau, ofrece cierta complicación, y, entre los de categoría, da pruebas de una prodigiosa actividad mental. En París, más que en parte alguna, se ve la magnitud de sus usurpaciones criminales, y esto precisamente hace destacar con vigor su carácter; pero el tipo de Lechat es pueril, resultando antes propio de un sainete que de un drama.

El argumento de *Les affaires* es el siguiente: Lechat no se deja timar por dos negociantes chanchulleros, sino que los aplasta precisamente en el momento que le comunican la accidentada muerte de su hijo á quien idolatra, y después que su hija Germaine, escandalizada por el bandidaje paterno, abandona el hogar con un amante pobre. Antes de esta escena, que es la última, hay otra entre Lechat y un noble que le ha empeñado su hacienda. Propone aquél devolvérsela, si consiente casar su hijo con Germaine. Obligado por la necesidad, acepta, al fin, el noble, á quien Lechat dice, combatiendo al clericalismo, que la Iglesia de hoy está más del lado del capital que de la nobleza. Pero la hija de Lechat, á quien comunican el proyectado matrimonio, rehusa de plano su consentimiento para el mismo, diciendo que tiene un amante. El padre, Lechat, dice que esto no le hace nada, y el noble se indigna por tal carencia de pudor moral y se marcha. He ahí, pues, á un noble que triunfa, por arte de Mirbeau, y á un acaudalado diputado socialista que se cubre de ridículo...



No carece de verdad, objetivamente, eso de que la pintura sea inferior á la naturaleza; pero, ¿acaso no se educan los ojos con la primera, en cuanto á color y á perspectiva, aprendiendo, de ese modo, á descubrir mejor las bellezas naturales?

En París, donde tantas cosas parecen cumplir una misión de arte, con el fin de embellecer la existencia, adquiere uno más la noción del color y el sentido de la perspectiva que en otras partes, gozándose en ver una armónica gradación de matices, ya sea en el cielo, en los jardines ó en la indumentaria de las mujeres, así como la panorámica animación de las calles, que parece también obra artística.

Todos los años se celebran aquí dos exposiciones de artes plásticas: la de la Sociedad Nacional y la de los artistas franceses. Detestable es ahora la última, y sólo me ocuparé en lo más saliente de la primera.

Hay unos cuadros de un pintor español, Ignacio Zuloaga, el cual ha obtenido para ellos el sufragio universal de la crítica. ¿Quiere esto decir que sean los mejores de la ex-

posición? No tal; y prueba ello, que el sufragio universal no es propicio á la bondad del arte, como tampoco lo es para el gobierno de una nación.

Ignacio Zuloaga, pintaba anteriormente, á imitación de Velázquez, con colores apagados; pero ello no era del gusto parisién. El gran pintor de *Las Hilanderas*, comunicaba vida superior á sus figuras, con arte sereno; mientras que Zuloaga pintaba al principio sus personajes como si fueran naturaleza muerta, y producían aquéllos la impresión de tal, cuando no de pintura y sólo pintura. Ahora, en pos del éxito, ha querido Zuloaga adaptarse al gusto parisién, dando más vida, más gracia y más movimiento á sus figuras. En *Disponiéndose á ir á la corrida*, hay una manola cuyo semblante ofrece una expresión de picardía felina, harto parisién y aun baudelariana, que resulta tan artificial como los polvos chillones que la cubren. Sus ojos son de carbón, y diríase una semi-mundana de Montmartre, con mantilla. La ropa, en cambio, está pintada magistralmente. Pero resulta, de todas maneras, una española traducida al francés.

Lo mejor de la exposición, es, á mi juicio, lo de Cottet; de una factura briosa y de una emoción intensa. Reproduce paisajes de Bretaña, que conserva naturales y hace perfectamente bellos, causando con los mismos, una impresión de agrídulce melancolía. Alma profunda y misteriosa tienen las figuras que se destacan en ellos.

Lobre, que tiene mucho de la sobriedad clásica, reproduce el dorado de las puertas con sorprendente realismo. Sus interiores de Versalles son riquísimos. Ménara expone, con visión patriarcal, algunos paisajes antiguos, con las cuales nos transporta á remotas épocas. La Venecia de Morrice, es admirable y los árboles de sus jardines parecen hallarse amodorrados en un ensueño voluptuoso.

Y paremos de contar.



Hay críticas cuya labor es tan grande como las creaciones que analizan. Uno de tales, y de primer orden, es Sainte-Beuve, á quien José de Gharmoy, escultor subjetivo, acaba de consagrar un monumento fecundo en sugerencias.

La obra de Sainte-Beuve deleita intensamente por su elevado gusto literario, é instruye con eficacia por su certera visión humana. De los libros desentrañaba Sainte-Beuve al hombre y lo estudiaba con el corazón y con la inteligencia. Daba, pues, preferencia al elemento humano que es el eterno. Puede considerársele como al padre de la crítica moderna, de la buena crítica, y lo imitó bastante Clarín, uno de los pocos espíritus abiertos y perspicaces que ha tenido España. Bien decía el último, que intelectualmente es más moderno el hombre que lee y comprende á Platón que el que se deja cegar y arrebatarse por las paradojas de Nietzsche.

Pero Jorge Brandes no es un Sainte Beuve ni con mucho. Sus observaciones, como crítico, no son excepcionales; como pensador, refleja el estado de inteligencia común á muchos de sus contemporáneos. Veraces son sus juicios; pero no sugiere otros por falta de originalidad y de profundidad. Y es que el intelectualismo de Brandes—como se ve cuando se ocupa de filosofía—va por la superficie de las ideas.

Bien contentos, sin embargo, podrían estar en España, si contaran con un Brandes, que escribió un libro admirable sobre Shakespeare. Ahora ha dado una conferencia sobre «Goethe y la idea de libertad», en la escuela rusa de Estudios superiores. Más que de la libertad política, se ocupó de la libertad moral, tal como la ideaba Goethe, cuya filosofía se resume en la siguiente frase: «la felicidad suprema consiste en presentar hombres libres en una tierra libre y que ellos mismos sean autores de su destino.

Goethe debió con una indignación juvenil contra la nobleza y los príncipes; pero aquella se suavizó en el trato del duque Carlos-Augusto de Sajonia Weimar, á raíz del cual considera lo útil que puede ser un noble que gobierne con alta inteligencia. Estalló la Revolución francesa y Goethe la comprendió de una manera estrecha. Entendía que la revolución era inorgánica y que contribuía á paralizar la evolución.

La habilidad de Brandes, en la conferencia, se puso de manifiesto al observar con claridad las transformaciones de Goethe á través de su obra. Estudió la fase sentimental, su fase panteísta, su fase científica y poética, y cómo se tornaba cada día más realista, sin dejar de perseguir su ideal; la armonía tranquila. A partir de los treinta años, Goethe contempla el vaivén de las pasiones, como el químico observa una reacción en el alambique.

El conferenciante fué muy aplaudido por el auditorio cosmopolita.

\*  
\* \*

León Bazalgette, que es un espíritu muy sano y muy sincero, acaba de publicar una notable obra sobre «El problema del porvenir latino». Hace en ella hincapié de la inferioridad de la raza latina, por su flaqueza de carácter y su falta de voluntad, y muéstrase un tanto pesimista en lo referente á la continuación de ella en el mundo venidero. No es que Bazalgette sea fatalista por temperamento; antes al contrario; pero dicen sólo que cree «en un amplio determinismo social en correspondencia con el determinismo cósmico».

Declara Bazalgette que la civilización, cuando es excesiva, ejerce una influencia debilitante en los individuos, en quienes agosta la energía primitiva que hemos de considerar como un elemento de existencia y aún de supervivencia. Los latinos se hallan precisamente contaminados por el virus de la cultura griega y romana, estimando Bazalgette, como singular ejemplo de tal contagio, á los franceses, quienes constituyen, en su opinión, un microscopio del mundo latino. Algo exagerada es la apreciación, porque los franceses atesoran algunas cualidades del hombre del Norte, como cierto dominio de sí mismos y cierto ánimo calculador.

Mucha razón, sin embargo, tiene el autor en muchos otros particulares; y hay que elogiarle, sinceramente, por la regeneradora tendencia de su libro. Verdad es que, para transformar los caracteres, como él recomienda, precisan heroicos esfuerzos; de lo cual, empero, tiene Bazalgette perfecta conciencia. Y ¿no es un buen síntoma que haya quien, como él, se percate de tal necesidad y personalmente la haya colmado? Una conversación con Bazalgette, por ejemplo, refresca el alma la vigoriza y la tranquiliza.

Admirable estudio hace Bazalgette de la romanización occidental, especialmente de la Galia, cuyos habitantes aceptaron con júbilo la dominación de Roma, que había de corromperles el carácter, y despojarles de su personalidad. Un pueblo joven, si recibe cultura refinada se torna caduco. Después del cesarismo romano, vino el catolicismo romano, á ejercer de instrumento de corrupción. Al declararlo, parece que Bazalgette lo hace en defensa del protestantismo, que contribuyó á dar mayor fuerza al cristianismo, que es aún más debilitante que la cultura. Sin él, acaso hubiera fracasado tiempo ha.

Bazalgette, en cambio, estima que la revolución francesa ha hecho bancarrota; y yo creo que su acción aún persiste, y que contrarresta el progreso del catolicismo, que ahora se halla en evidente retroceso.

Fuera de estas objeciones, el libro es fecundo en enseñanzas. Hacia el final, Bazalgette, se torna un tanto optimista, cree realizable la deslatinización de los pueblos latinos. Ello es lo que ha de redimirles y hacer que puedan adaptarse á la vida nueva. Ba-

zalgette preconiza, en atinados capítulos, las reformas que se han de operar, como la física, para vigorizar el cuerpo, sostén del espíritu; la mental, para sanear la inteligencia y hacerla positiva; y la religiosa, que estima como una higiene moral. Lejos estamos, con esto último, de Guyau.

\*  
\*  
\*

El argumento de la *Historia cómica* de Anatolio France, desarrollado con arte admirable, es el siguiente: Una actriz tiene por amante á un joven de la alta sociedad. Está locamente enamorada de él. No se acuerda de los amores que tuvo con otro, con un comediante, el cual continúa persiguiéndola, pues la quiere y no la ha olvidado. Ella, constituye toda su dicha; Felicia, la actriz, lo menosprecia porque pertenece á ínfima condición social. Al ver su primer amante que continúa con el actual, se suicida á la puerta de la casa de ellos mientras están en coloquio amoroso. Felicia se considera interiormente responsable de esa muerte; y, como es histérica, la imagen del muerto se le aparece cuando se halla con su amante. Se interpone entre ambos é impide que satisfagan su amor.

Con ese argumento France condena la superstición que labra la desdicha de los supersticiosos. Entre estos se cuentan, al parecer, muchos actores de París, sobre quienes derrama France su ironía, como cuando hacen ellos todo lo posible para lograr que se entierre por la Iglesia á Chevalier, el suicida.

France describe magistralmente la cursilería de sentimientos é ideas de cierta parte de la sociedad parisién, que tanto se preocuparía de lo ridículo, juzgando, como tal, todo lo sincero, noble y grande. Y así vemos que se tilda á Chevalier cuando se suicida, cual si este acto no resolviera el drama de una existencia, como sino envolviera el cataclismo de una vida. Ello deja, pues, indiferente á la sociedad que se ocupa sólo en pequeñeces.

Otra idea se colige de la novela de France, y es que la mujer ama y se entrega al hombre irreflexivamente, sin dar de su preferencia al mejor, cuanto á corazón y á inteligencia.

«*Dans les bas-fonds.*» (Entre los miserables), pieza teatral de Gorky, constituye un cuadro de miseria y de locura, que el escritor ruso presenta con el desorden y la confusión que le son peculiares. Surgen, de cuando en cuando, destellos revolucionarios; mas para poner mejor de manifiesto la impotencia de aquellos vencidos por la miseria y desterrados por la sociedad, Gorky no hace otra cosa que dramatizar ideas de Nietzsche. «¿Qué es la verdad?—pregunta un personaje.—La verdad es el hombre—responde otro.»

J. PÉREZ JORBA.

**El Castillo Maldito:** En el número del próximo 1.º de Julio empezaremos á publicar la tragedia en siete actos y varios cuadros que, basada en el proceso de Montjuich, está escribiendo Federico Urales.